

Aplicando la Teoría del Discurso: el Método de la Articulación ¹

David Howarth

Resumen

La teoría del discurso ha sido casi unánimemente criticada por no haber desarrollado de manera adecuada una reflexión metodológica que de alguna manera “pongan a trabajar” los postulados teóricos de su sofisticada ontología. El presente texto es un estudio en esta dirección. Usando como casos de aplicación los movimientos de protesta en Gran Bretaña y Sudáfrica, el texto elabora una perspectiva metodológica como “práctica articuladora”. En este sentido el texto es un intento de desarrollar una estrategia de investigación empírica, técnicas y métodos aplicables al análisis del discurso de base postestructuralista.

¹ Quisiera agradecer a Steven Griggs, Aletta Norval, y Albert Weale por sus comentarios y críticas en la primeras versiones de este capítulo. Mi agradecimiento especial a Jason Glynos y Jacob Torfing por su lectura atenta y sus valiosos comentarios.

Las correcciones de la traducción al español de este artículo fueron realizadas por Alejandro Groppo.

Abstract

Discourse Theory was almost unanimously criticised for not having developed in a concrete an adequate way a methodological reflection that could “put at work” the theoretical postulates of its complex ontology. This paper is an effort in this direction. Using protest movements of South Africa and Great Britain as examples, the text is constructed upon an idea of a methodology as “an articulatory practice”. In this sense the paper develops an empirical research project, techniques and methods suitable for a better understanding of a poststructuralist discourse theory.

Las cuestiones metodológicas desempeñan un papel de Cien-
Lcienta en la teoría del discurso. Aunque los teóricos del dis-
curso atacan los principales enfoques desde una posición
metodológica y epistemológica alternativas —una visión que de-
nota una concepción particular de las ciencias sociales— existen
muy pocos desarrollos teóricos explícitos de ésta. En su mayoría
estos desarrollos se caracterizan o bien por un gran nivel de abs-
tracción —ocupándose principalmente de las cuestiones ontológi-
cas formales de la teoría del discurso— o bien tienen un carácter
práctico, es decir están presentes en los resultados de las investi-
gaciones empíricas pero permanecen latentes desde el punto de
vista teórico. Este trabajo intenta comenzar el proceso de rectifi-
cación de este “déficit metodológico” estudiando la manera en que
la teoría del discurso se aplica a los objetos empíricos de investi-
gación. Mediante el análisis de investigaciones existentes en este
campo y basándonos en la manera en que se han realizado investi-
gaciones empíricas en la teoría del discurso, en particular con
respecto a los movimientos de protesta en Gran Bretaña y Sudá-
frica, elaboro un método de práctica articuladora que evita las di-
ficultades que atañen a la aplicación mecánica de la teoría “formal
y abstracta” a hechos y procesos “reales y concretos”. Esto implica
una lógica de explicación que reúne y transforma una plurali-
dad de lógicas sociales formales y las lógicas políticas que cons-
tituyen y cuestionan a estas últimas, con el propósito de esclarecer
una instancia de investigación cuidadosamente problematizada.

Para desarrollar este enfoque, la primera mitad de este ensayo establece las características y propósitos básicos de la teoría del discurso e introduce algunos comentarios preliminares sobre el rol del método. Luego atribuyo el surgimiento del “problema de aplicación” a la metodología de las ciencias sociales, y específicamente a la teoría del discurso. El objetivo principal es mostrar cómo esta última debe concebir la cuestión del método. La segunda mitad de este trabajo se aboca a poner en práctica este enfoque desarrollando un conjunto apropiado de estrategias de investigación, técnicas y métodos de análisis del discurso, y también analiza el estado y generación de datos empíricos usados en la teoría del discurso.

1. Teoría del Discurso y la Cuestión del Método

La teoría del discurso Postmarxista se define más como un paradigma o programa de investigación que como una teoría empírica en el sentido estricto de la palabra. Consiste, entonces, en un sistema de supuestos ontológicos, conceptos teóricos y preceptos metodológicos y no en una serie de propuestas de moda destinadas a explicar y predecir fenómenos tales como el comportamiento del estado capitalista o las diferentes formas y lógicas de la acción colectiva. El objetivo de este programa de investigación se centra en la idea de que todos los objetos y prácticas tienen un significado, y que los significados sociales son contextuales, relacionales y contingentes. Además, sostiene que todos los sistemas de prácticas con sentido —o discursos— dependen de exteriores discursivos que parcialmente constituyen dichos órdenes, mientras que potencialmente los subvierten. En un sentido menos abstracto, las relaciones sociales presentan cuatro propiedades: contingencia, historicidad, poder y la primacía de la política (Laclau, 1990, pág. 31-6) mientras que las identidades de los agentes sociales están constituidas dentro de estructuras de práctica articularias y los sujetos políticos surgen cuando los agentes se identifican nuevamente bajo condiciones de dislocación.

En su mayoría, dichas premisas representan los presupuestos ontológicos formales de la teoría del discurso. Una discusión más completa requeriría la inclusión de otros conceptos y lógicas pertinentes a la constitución y disolución de identidades políticas, los procesos de construcción hegemónica, la estructuración de espacios políticos, etc. (ver Howarth, 2000a, pág. 101-25; 2005; Torfing, 1999, pág. 81-131). Sin embargo, tal como ocurre con las consideraciones éticas y normativas, estos temas están fuera del alcance del presente trabajo². Serán discutidos, cuando sea necesario, en conjunto con temas directamente relacionados a cuestiones epistemológicas y metodológicas, que si es la temática de este texto. En cuanto a estas últimas, los teóricos del discurso se oponen a la balcanización y reificación de la metodología. El Método no es sinónimo de una posición libre y un conjunto de reglas y técnicas neutrales que pueden ser aplicadas mecánicamente a todos los objetos empíricos. Más bien, aunque los teóricos del discurso deberían reflexionar y teorizar sobre las formas en que conducen la investigación, estas cuestiones son siempre comprendidas dentro de un conjunto más amplio de postulados ontológicos y epistemológicos, y en relación con problemas particulares. El problema del método en la teoría del discurso se acerca más a la concepción de Durkheim —“en esencia un ejercicio para aclarar temas lógicos” (citado en Giddens, 1976, pág. 8)— o a la sugerencia de Webber de que debería concebirse como “la comprensión reflexiva de los medios que han demostrado su valor en la práctica elevándolos al nivel de concien-

² Dado que este capítulo es de carácter principalmente explicativo, no incluye las dimensiones normativas de la teoría del discurso. Basta decir que, a nivel normativo, la teoría del discurso no propone un conjunto determinado y general de valores éticos, principios y normas, que pueden extraerse de sus supuestos ontológicos. Sin embargo, estos supuestos excluyen ciertas posibilidades, ya sean concepciones esencialistas o fundacionalistas del bien basadas en Dios, la ley natural, o la Razón, o esquemas normativos instrumentalistas o consecuencialistas. Como un aporte más positivo, los supuestos de la teoría del discurso llevan a la afirmación de valores tales como la democracia, el pluralismo y la contingencia. No es el propósito de este capítulo tratar estos importantes temas con mayor profundidad.

tización explícita” (Webber, 1949, pág. 115). En suma, los temas metodológicos suscitan cuestiones concernientes a la relación apropiada entre descripción, comprensión y explicación, el rol (si es que lo tiene) de la explicación causal, el lugar de la crítica y la evaluación normativa, los problemas ligados al diseño apropiado de la investigación, etc.

El contraste puede agudizarse si distinguimos entre teoría del discurso y análisis del discurso. Según nuestro punto de vista, el primero no se superpone de manera estricta con las diferentes variedades del “análisis del discurso” —análisis del discurso argumentativo, análisis del discurso crítico, etc.— que han surgido y se han desarrollado recientemente (ver Jaworski y Coupland, 1999; van Dijk, 1997b; Wodak y Meyer, 2001). Para ser exactos, no es una caja de herramientas diseñada para analizar el “lenguaje en uso”, que centra la atención en “el habla y el texto en un contexto” (van Dijk, 1997a, p. 3), ya que la conducción del análisis del discurso sólo cobra sentido dentro de una teoría política y social particular, junto con sus supuestos ontológicos centrales y sus propósitos políticos generales. Por lo tanto, en su mayoría, las diferentes herramientas del análisis del discurso constituyen un conjunto particular de técnicas que pueden ayudarnos a entender y a explicar los fenómenos empíricos que *ya* se han constituido en objetos de análisis con sentido. Pero estas herramientas no agotan el concepto mismo de teoría del discurso.

Por último, es importante destacar que es mejor considerar a la teoría del discurso como una forma de investigación basada en un problema más que en un método o teoría. Los enfoques que se centran en el método recurren a técnicas de recolección y análisis de datos, más que en los fenómenos empíricos investigados. La investigación que se basa en la teoría, en cambio, tiene como objetivo “reivindicar una teoría particular” en vez de “dilucidar un problema que está especificado independientemente de la teoría” (Shapiro, 2002, p. 601). Esta última está orientada a confirmar una teoría particular más que a una exploración de lo “que esta sucediendo realmente en el mundo” (Shapiro, 2002, p. 601) De igual modo, la investigación que se basa en un problema no debe confundirse con “la teoría de resolución de problemas”, tal como lo

postula, entre otros, Popper y lo niega Oakeshott.³ En realidad, el primer enfoque se esclarece contrastándolo con el último ya que, como insiste Robert Cox (1981, pág. 129-30), la teoría de resolución de problemas generalmente toma las estructuras sociales existentes y los supuestos de las teorías dominantes sobre dicha realidad como algo dado, ocupándose después de las anormalidades que surgen dentro de tales marcos.

Por el contrario, el enfoque que se basa en el problema y que se presenta aquí está más emparentado con la técnica de problematización de Foucault ya que parte de un conjunto de problemas éticos y políticos acuciantes en el presente, antes de analizar las condiciones estructurales e históricas que les dieron origen, y al mismo tiempo que provee los medios para su crítica y trasgresión. Según lo afirma Foucault (1985, pág. 11-12) el método no es simplemente una cuestión de analizar “comportamientos o ideas, o sociedades y sus ‘ideologías’, sino más bien la *problematización* a través de la cual el ser se manifiesta necesariamente para ser pensado —y las *prácticas* sobre cuyas bases se forman estas problematizaciones”. Al hacer esto, Foucault sintetiza los momentos de análisis arqueológico y genealógico, en los cuales el primero hace posible la investigación de “las formas en sí mismas”, mientras que el segundo da cuenta de la contingencia de su surgimiento y producción. Por ejemplo, al describir las reglas que condicionan los elementos de un discurso en particular —sus objetos, sujetos, conceptos y estrategias— en un período dado, por ejemplo el discurso de la “locura” o “enfermedad” en el s. XIX, la arqueología provee los medios para delimitar los objetos de investigación, mientras que la genealogía analiza su constitución mostrando las prácticas históricas a partir de las cuales se construyeron. La genealogía permite, entonces, que la investigación revele la contingencia de identidades y prácticas,

³ Popper (1989, pág. 47) tiende a hacer de la resolución de problemas un postulado ontológico, el cual es co-extensivo a la evolución misma, mientras que Oakeshott (1962) se opone a los matices tecnócratas e instrumentalistas del concepto.

mostrando cuales fueron precisamente las posibilidades excluidas por las lógicas dominantes.

En resumen, una teoría del discurso orientada por problemas no sólo constituye nuevos objetos de investigación mediante el análisis de fenómenos particulares, en los cuales busca desafiar las respuestas existentes y los marcos teóricos que las generaron, sino que, lo que es más importante, parte de y desafía las circunstancias políticas en las que dichas teorías surgen y operan. Por último, mientras que el centro de la investigación es la exploración de un fenómeno problematizado específico, es importante destacar que estos problemas no están especificados de una manera completamente independiente y sin fundamento teórico. Por el contrario, y a diferencia del empiricismo o el racionalismo, el surgimiento y constitución de problemas de investigación siempre presupone las categorías y supuestos ontológicos de la teoría del discurso para su discernimiento y descripción iniciales.

Teoría del discurso y hermenéutica

La manera en que dichos problemas se construyen y analizan está delimitada por los *objetivos* generales de la teoría del discurso, y los *ideales* epistemológicos que dichos objetivos tienen. En este sentido, la teoría del discurso postmarxista se ubica dentro de la rama hermenéutica de las ciencias sociales. En general, esto significa que busca, entre otras cosas, hacer interpretaciones de segundo orden sobre las interpretaciones y comprensión que los actores sociales tienen de sus situaciones y prácticas (ver Heidegger, 1962, pág. 32-5). Esto a la vez implica que las instituciones y las prácticas están en parte constituidas por las creencias y deseos de los actores sociales, que existe una relación interna entre acciones y significados subjetivos, y que la comprensión del sentido presupone un conjunto de prácticas de fondo compartidas. En consecuencia, un objetivo clave de la teoría del discurso es esclarecer cuidadosamente los objetos de estudio problematizados mediante su descripción, comprensión e interpretación (ver Taylor, 1971; Winch, 1990). Sin entrar en detalles en esta etapa, esta concepción

elude en forma efectiva los modelos nomológico de explicación y predicción propuestos por los positivistas y los naturalistas, dado que estos últimos están dispuestos a excluir los significados, intenciones e interpretaciones subjetivos ya sea negando el nexo interno entre las acciones y los significados, o considerando los últimos como disposiciones de conducta; o tratando los significados y las mismas prácticas de fondo compartidas como objetos de una generalización de base legal (ver Connolly, 1981, pág. 23-8; Howarth, 2002; 2004).

Sin embargo, es necesario hacer un par de aclaraciones. Para comenzar, la empresa hermenéutica involucra prácticas de caracterización y explicación que *requieren* la aplicación de lógicas y conceptos teóricos, además de los compromisos de valor concomitantes (lo cual no puede derivar de una ciencia social puramente etnográfica o descriptiva). Esto no implica dotar a la explicación con un contenido causal; tampoco es la explicación —ya sea estadística o causal— la base sobre la que funciona la descripción y la interpretación. En realidad, la tarea de la explicación está ligada a la práctica de elucidación en el sentido que presupone la existencia de cierto tipo de inteligibilidad para que ocurra, y sólo es utilizada cuando “existe o se cree que existe una deficiencia en la comprensión” (Winch, 1990). En resumen, desde un punto de vista hermenéutico los investigadores emplean sus interpretaciones ambiguas e inicialmente turbias como patrones para evaluar el grado de comprensión alcanzado en el proceso de articular una nueva caracterización y explicación teórica.

A pesar de estas advertencias, sin embargo, el punto de partida hermenéutico tradicional es insuficiente al menos en tres cuestiones. En primer lugar, aún si pasamos por alto el déficit ontológico en muchos de los enfoques hermenéuticos —es decir la imposibilidad de elaborar una lógica y conceptos que puedan ayudar a explicar la práctica— no es suficiente, en términos epistemológicos, depender de las interpretaciones personales de los actores, dado que la comprensión perspicua de la práctica social frecuentemente requiere un punto de vista externo para detectar las parcialidades y las distorsiones. Esto implica la ubicación de las interpretaciones de los actores sociales en una perspectiva histórica

más amplia empleando la lógica y conceptos teóricos que no están fácilmente disponibles para ellos.⁴ En segundo lugar, si bien hermenéuticos como Charles Taylor actualmente consideran al lenguaje como un medio constitutivo para la articulación de significados, estados de ánimo y sentimientos, son extremadamente optimistas a cerca de la capacidad del lenguaje para expresar nuestros pensamientos y deseos, enriqueciendo así la auto comprensión y habilitando nuestra sintonía (“attunement”) con objetivos superiores (ver Connolly, 1987, pág. 146-52; Taylor, 1981, pág. 207-11). Por el contrario, los post-estructuralistas se concentran en los efectos polisémicos y distorsivos del lenguaje, problematizando su capacidad para expresar nuestros pensamientos y experiencias más íntimas, así como la soberanía constitutiva de una subjetividad que de alguna manera preexiste al lenguaje (ver Derrida, 1982, pág. 313; Lacan, 2002, pág. 138-68). Una tercera dificultad surge de la presunción que los significados sociales y la comprensión de fondo están implícitas en las prácticas sociales de “formas de vida” específicas, las que se consideran entidades homogéneas y coherentes y cuya lógica subyacente puede ser develada y descripta. Esta idealización es empíricamente problemática porque los mundos sociales que habitamos inherentemente múltiples y heterogéneos (Tully, 1995, pág. 106-7). También es ontológicamente erróneo dado que —tal como insisten los teóricos del discurso— la construcción de toda “forma de vida” se da en relación con un “exterior constitutivo” que problematiza cualquier pureza interna (ver Staten, 1984, pág. 16-17; Derrida, 1976, pág. 44-65; Said, 1995).

Estas reservas demuestran que la relación entre la teoría del discurso postmarxista y la tradición hermenéutica es cuanto menos compleja. Desde un punto de vista más positivo, sin embargo, dan origen a una comprensión más concreta de la teoría del discurso.

⁴ Hasta cierto punto, Winch reconoce esto dado que parte de su enfoque es precisamente suplementar la comprensión deficiente empleando lenguajes descriptivos y teóricos “externos”. Sin embargo, estos lenguajes alternativos son en general demasiado formales y requieren mucha más elaboración para que sean útiles en dicha tarea.

En primer lugar, se debería destacar una vez más que el objetivo principal de la teoría del discurso no es sólo proveer nuevas descripciones o hechos sobre los objetos específicos de investigación, sino producir nuevas *interpretaciones* ya sea develando fenómenos visibles no detectados anteriormente por los enfoques teóricos predominantes, o problematizando las descripciones existentes y articulando explicaciones alternativas⁵. Por ejemplo, la interpretación de Edward Said (1995) del discurso Orientalista reveló un conjunto completamente nuevo de identidades y fenómenos para el análisis, contribuyendo así a constituir el campo de los “estudios subalternos”. Por su parte, la descripción del discurso de la Nueva Derecha realizada por Anna Marie Smith (1994) constituye una interpretación alternativa del Thatcherismo en Gran Bretaña que desafía las descripciones positivista y Marxista corrientes concentrándose, en cambio, en los discursos sobre la sexualidad y sus “otros raciales” y de que manera estos variaban (para otros ejemplos, consultar Griggs y Howarth, 2002; Howarth, 1997; Norval, 1996). Traducido al lenguaje de la teoría del discurso, esto significa que los hechos deben ser situados dentro de campos de significación o discursos sociales más amplios, que la interpretación de los mismos se basa en la lógica y en conceptos teóricos definidos por su ontología social y que las interpretaciones resultantes son, en última instancia, contingentes y contestables. Esta última condición refleja no sólo la contingencia de todas las plataformas ontológicas sino también la posibilidad de discutir interpretaciones particulares, dado que representan *sólo una manera posible* de ordenar los hechos y las descripciones.

⁵ Esta afirmación tiene sus raíces en la notoria sugerencia de Nietzsche de que “no existen los hechos, sólo las interpretaciones” (citado en Danto, 1965), como así también en la propuesta de Husserl de que es necesario reducir los “hechos” a su “sentido”, y “lo dado” a sus “condiciones de posibilidad” (LACLAU, 1990, pág. 213). Por supuesto, la idea de Nietzsche tiene que ser calificada, ya que no reduce todos los hechos a las perspectivas subjetivas (consultar: NEHAMAS, 1985, pp. 62-73). Del mismo modo, con respecto a Husserl, se debe destacar que los teóricos del discurso no aceptan que el “sentido” o significado sea fijado por un “sujeto trascendental”. En cambio, guiándonos por los supuestos de la teoría del discurso, el significado es esencialmente histórico y contingente.

Dadas estas premisas, sería contradictorio enumerar *a priori* todos los posibles problemas que sería significativo estudiar desde la teoría del discurso. Sin embargo, dado que este no es un enfoque totalizador que puede aplicarse a *todos* los problemas, es posible demarcar un rango legítimo de objetos de investigación. En general, éstos incluyen la constitución de identidades políticas, las prácticas de la articulación hegemónica entre los discursos y subjetividades particulares, la construcción de antagonismos sociales y el establecimiento de fronteras políticas, las maneras en que los sujetos son “atrapados” por ciertos discursos y no otros y las fantasías sociales que sostienen dichas identificaciones y el “goce” así procurado. El análisis de estos temas implica que los teóricos del discurso también están interesados en una serie de temas adyacentes tales como el carácter cambiante de la formación de políticas públicas en tiempos de la gobernanza multinivel, las prácticas de grupos y movimientos sociales, el rol de los medios de comunicación y los efectos desestabilizadores del cambio económico y de los procesos de comodificación y burocratización de la vida social. A continuación nos ocuparemos del proceso de aplicación de la teoría del discurso a este grupo diverso de problemas empíricos, a los problemas que esta práctica genera y las soluciones que podrían brindarse.

2. Aplicación, articulación y explicación

Como se insinuó anteriormente, el empleo de la teoría del discurso en la investigación empírica concreta se centra en “el problema de la aplicación”. Este problema incluye una serie de peligros que surgen de separar el enfoque teórico (o metalenguaje) de su objeto de estudio, y postular o asumir lo que Althusser (1990, pág. 49) denomina “una relación de exterioridad” entre los dos niveles. El primer peligro surge de tratar “lo real-concreto” como la materia prima que constituye el punto de partida esencial del análisis empírico y teórico. Esta concepción empiricista sugiere un acceso a “lo real-concreto” sin intermediarios en el que la abstracción consiste en que el sujeto identifique y extraiga la esencia de lo real;

y/o generalice de modo inductivo a partir de un número determinado de observaciones. El peligro opuesto es un *teoricismo* que, o bien, deriva lógicamente explicaciones de los fenómenos concretos partiendo de los conceptos abstractos de una teoría general, o bien, subsume eventos y procesos particulares bajo leyes verificadas empíricamente. Dicho teoricismo es evidente, por ejemplo, tanto en las explicaciones Marxistas como positivistas de los fenómenos sociales. En las primeras, normalmente implica deducir lo concreto a partir de las abstracciones propias del materialismo dialéctico e histórico, mientras que para las segundas consiste en subsumir eventos particulares y sus condiciones iniciales variables a leyes causales que son consideradas como el resultado de generalizaciones empíricas bien fundamentadas.

Como contra el empirismo, los teóricos del discurso argumentan que no puede haber un acceso no mediado hacia lo real y concreto. Es más, la idea misma de acceder a lo “real-concreto” presupone un abismo entre el sujeto y el objeto de conocimiento, abismo este que el conocimiento objetivo de alguna manera intentaría salvar. En cambio, siguiendo la crítica de Heidegger a la epistemología clásica, es mejor concebir al sujeto como “siempre ya” dentro de un mundo de objetos y prácticas cargadas de sentido y concebir a ese mundo como un proveedor de criterios para que los sujetos puedan, en primer lugar, identificar los objetos (Heidegger, 1962, pág. 88-90). Por otro lado, para contrarrestar los problemas de derivación lógica o de subsunción teórica, el uso de herramientas abstractas para explicar objetos concretos requiere un trabajo de elaboración teórica que *articule* los conceptos y lógicas que, al menos inicialmente, están ubicados en diferentes niveles de abstracción o enfocadas en distintos niveles de análisis, y extraídas de una variedad de problemáticas teóricas.

La lógica

Habiendo introducido la idea general de una “práctica articuladora” y su relación con el método, es necesario profundizar sobre lo que es la unidad de explicación en la teoría del discurso —la no-

ción de una lógica— como así también el carácter de una práctica articuladora que combina distintas lógicas en una explicación dada. Para comenzar en forma negativa, el concepto de una lógica en la teoría del discurso no se refiere al análisis formal de las proposiciones para determinar su validez o verdad. Del mismo modo, es importante destacar que la noción general de una lógica en la teoría del discurso no es una ley como la ley de Duverger o la ley general de acumulación de capital de Marx. Tomando la última como ejemplo, aunque Marx (1976, pág. 798) admite que las leyes son “modificadas en (su) funcionamiento por muchas circunstancias”, su noción de “leyes naturales de producción capitalista... que se resuelven por medio de una necesidad férrea” (Marx, 1976, pág. 91) es demasiado fuerte y determinista para ser compatible con las presuposiciones ontológicas de la teoría del discurso. Tampoco, las lógicas son sinónimo de tendencias —tales como “la tendencia del margen de ganancia a decaer” de Marx— que se asemejan más a generalizaciones empíricas que pueden o no ocurrir y que generalmente presuponen leyes más determinantes a un nivel de abstracción superior.

En cambio, en el nivel más general y abstracto, una lógica se refiere, en primer lugar, a las reglas que gobiernan una práctica, institución o sistema de relaciones entre objetos, y, en segundo lugar, a los tipos de entidades (y sus relaciones) presupuestas por el funcionamiento de dichas reglas (comparar con Laclau, 2000, pág. 282-3). Por ejemplo, la “lógica del mercado” incluye un grupo particular de reglas que gobiernan los acuerdos entre compradores y vendedores de mercancías. Es importante notar que la organización de dichas transacciones por medio del mecanismo de precios presupone un conjunto de entidades que hace posible el funcionamiento de reglas. Por ende, la “lógica del mercado” presupone un grupo particular de sujetos (compradores, vendedores), objetos (mercancías, medios de intercambio) y un sistema de relaciones entre sujetos y objetos (intercambios). Dicho de manera más concreta, es importante distinguir entre lógicas políticas y lógicas sociales en la teoría del discurso postmarxista. Mientras que las lógicas sociales son sistemas condicionales e históricamente específicos de prácticas sedimentadas, tales como “la lógica del

mercado”, “la lógica de la burocracia” o “la lógica del *apartheid*”, las lógicas políticas se refieren a tipos especiales de práctica que *constituyen* y cuestionan estas lógicas sociales. De allí que las lógicas políticas cumplan un rol análogo al de la “ontología fundamental” en la filosofía de Heidegger, ya que condicionan el surgimiento y carácter de las reglas que gobiernan cualquier lógica social particular. Así, por ejemplo, la lógica (social) del *apartheid* fue formada, instituida y luego desafiada por lógicas políticas precisas. En otras palabras, el “sistema de diferencias” a través del cual a los grupos nacionales y étnicos particulares se le asignaron instituciones separadas y formalmente iguales y espacios territoriales en los que pudieran ejercer sus legítimas “demandas” para la autodeterminación cultural y política fue el resultado de la co-presencia de la ‘lógica de equivalencia’ y de ‘diferencia’ que dividió y estructuró el espacio social en Sudáfrica, mientras distintas fuerzas políticas competían por la hegemonía.

Las características de la lógicas políticas son captadas por la estructura ontológica de la teoría del discurso. Como he sugerido, las prácticas políticas no pueden reducirse a intenciones o acciones individuales, ni tampoco al funcionamiento determinista y mecánico de las estructuras sociales. Las prácticas gobernadas por la lógica política surgen cuando ocurre una *falla* o *imposibilidad* de una estructura social existente, y cuando los sujetos son literalmente “forzados” a actuar y a identificarse nuevamente. Por ende, las prácticas políticas condicionan y permanecen en el límite de toda práctica social. De crucial importancia en este sentido es la lógica de la hegemonía. Esta lógica está diseñada para dilucidar la práctica de construcción de alianzas y coaliciones políticas entre diferentes actores sociales. Capta el proceso por el cual los actores reúnen un conjunto diverso de demandas particulares en un discurso común con el objeto de construir un proyecto político más universal.

La lógica de la hegemonía, junto con la gramática de los conceptos y condiciones relacionadas que la hacen posible, provee un lenguaje de descripción para el análisis de los fenómenos políticos. Más específicamente, el funcionamiento de una lógica hegemónica presupone la existencia de un campo social cruzado por

antagonismos y la disponibilidad de elementos ideológicos contingentes —o “significantes flotantes”— que pueden articularse por medio de proyectos políticos opuestos que puján por conferirles significado (Howarth, 2000, pág. 110). Es importante notar que estos conceptos y sus relaciones lógicas son sostenidas por la ontología de la teoría del discurso —la contingencia de todos los objetos e identidades, el sujeto como falta, etc.— que juntas constituyen sus condiciones de posibilidad.

Consideremos, por ejemplo, la manera en que esta lógica puede ayudar a investigar el Movimiento de Conciencia Negra (BCM) en Sudáfrica. Este movimiento, que desafió la lógica del *apartheid* durante los años 60 y 70, se formó en Julio de 1967 en Rhodes University después que a estudiantes de color que asistían a un congreso estudiantil supuestamente no discriminatorio de razas, no se les permitiera ocupar residencias “sólo para blancos”. Los efectos desestabilizadores de esta contradicción llevaron a los alumnos a formar una organización estudiantil alternativa —la Organización de Estudiantes Sudafricanos (SASO)— en 1968 que lideró las campañas del BCM. Durante los años 70, los intelectuales y activistas de la Conciencia Negra se propusieron formar cadenas de equivalencias que unieran a todos los negros contra los racistas blancos, a los “que no eran blancos” (es decir, aquellos negros que no se identificaban como tales) y al sistema de “desarrollos separados” como un todo. Hicieron esto tratando de implementar una nueva división de la sociedad entre negros/no negros que rompe con la lógica del *apartheid* existente. Para construir esta nueva frontera política, los líderes de SASO, principalmente activistas como Steven Biko, Barney Pityana, y Harry Nengwekhulu, asumieron e hicieron demandas en una variedad de áreas y sitios contiguos —los lugares de trabajo, los pueblos habitados por gente de color, las áreas rurales y en instituciones étnicamente segregadas tales como las universidades y las facultades— en un esfuerzo por hegemonizar las demandas y luchas populares contra el Estado *apartheid*. Hicieron esto articulando y reiterando un discurso de Conciencia Negra que valorizaba la identidad y la cultura negras, a la par que negaba el racismo blanco en sus diversas formas (ver Howarth 1997).

Abordamos ahora el aspecto clave del movimiento que deseo investigar. ¿Cómo podemos explicar el *fracaso* del movimiento para lograr sus objetivos en el contexto del levantamiento en Soweto en 1976, coyuntura esta que representó simultáneamente el auge y caída del movimiento? La lógica de la hegemonía devela un número de factores potenciales que pueden esclarecer este *explanandum* (lo que se quiere explicar) mientras que se requiere investigación empírica para determinar qué factores, o qué combinación de factores, explican en realidad la disolución del movimiento. Por otro lado, las explicaciones potenciales necesitan dilucidar si las *condiciones estructurales* para una práctica hegemónica eran propicias para la construcción de un proyecto hegemónico viable. Por otra parte, la atención debe centrarse en el carácter de las *prácticas subjetivas* del movimiento en sí mismo. Cualquier explicación completa de este fenómeno debería consistir en una combinación específica de estos diferentes aspectos empíricos.

En el caso del BCM, es evidente que hasta 1976 las condiciones estructurales para construir una hegemonía no eran propicias. El discurso del *apartheid* con su prédica de “desarrollos separados” había sido impuesto y en gran medida internalizado por una mayoría negra obediente. Al mismo tiempo, el poder coercitivo y la unidad ideológica del estado sudafricano evitaban cualquier resistencia significativa. Esto no implica que los efectos del BCM durante este período fueran insignificantes, ya que el BCM inspiró una nueva conciencia de autoafirmación y confianza entre sus seguidores, y el movimiento contribuyó a crear un clima de desafío que más tarde se manifestaría en los levantamientos de Soweto. En resumen, sin embargo, en estas condiciones los antagonismos sociales se relegaron a los márgenes de la sociedad y la disponibilidad de “significantes flotantes” era mínima.

Los eventos que llevaron a los levantamientos de Soweto, y la rebelión misma cambiaron estas condiciones. Los eventos desestabilizaron el orden existente, el orden segregacionista del *apartheid*, hicieron surgir antagonismos y conflictos generalizados y provocaron un proceso de “reforma desde arriba”. Estos eventos desestabilizadores provocaron una crisis del régimen e inician un proceso de desarticulación de los significantes dominantes.

“*Apartheid*”, “desarrollo separado”, “tierras independientes y autogobernadas” y los otros significantes de la dominación blanca eran ahora los objetos de lucha político, y nuevos significantes tales como “poder negro”, “libertad” y “Amandla!” (“Poder!”) comienzan a circular en el ambiente. Y, sin embargo, en este nuevo contexto de fluidez y protesta ideológica, el BCM no era aún capaz de capitalizar plenamente la crisis orgánica engendrada por el levantamiento.

¿Cómo podríamos explicar este fracaso? En primer lugar, las instituciones del estado sudafricano aún eran capaces de reprimir el movimiento mediante una combinación de violencia, detenciones y amenazas, logrando así reproducir la lógica del *apartheid*. Esto obligó a muchos activistas de Conciencia Negra a dejar el país, a abandonar la lucha política, o a reorientar sus prácticas políticas. En segundo lugar, con respecto al BCM, surgieron un sinnúmero de fallas internas. Por otro lado, las deficiencias de su estrategia política inconsistente y su estructura organizativa débilmente sustentada lo hicieron vulnerable a la represión estatal. Esto dio como resultado la rápida desintegración del movimiento en el período inmediatamente posterior a Soweto (Howarth, 1995; 2000b). Por otro lado, las limitaciones de su lenguaje de protesta, especialmente el rol de “negritud” como un significante vacío que pudiera sostener la coalición de oposición al sistema *apartheid* también quedaron en evidencia. Esto se observó especialmente en el período de realineamiento que siguió al levantamiento de Soweto cuando movimiento y tradiciones ideológicas opuestas que incluían desde el lenguaje Cartista de un no-racismo democrático a los discursos más socialistas del movimiento de sindicatos independientes, pujaban por la hegemonía. Y hacia mediados de los 80, con la formación y creciente cooperación de la UDF (Frente Democrático Unido) y la COSATU (Congreso de Sindicatos Sudafricanos), Conciencia Negra había perdido ya la batalla ideológica. En realidad, muchos activistas y seguidores de Conciencia Negra se pasaron a estas posiciones ideológicas opositoras y se volvieron líderes en el UDF, el ANC (Congreso Nacional Africano), o el movimiento sindical. En resumen, el impacto de los levantamientos en Soweto no sólo desestabilizó el gobierno de la minoría

blanca sino que también reveló debilidades en las prácticas del BCM. Esto llevó, por último, al colapso del movimiento y su ideología. Además, el vacío estructural pronto se llenó con el surgimiento y reactivación de otras tradiciones ideológicas que se mostraron mejor preparadas para articular la proliferación de demandas en el país. Así, para mediados de los 80, era el discurso de “democracia no-racial” el que sentaría los cimientos para el surgimiento de la “Nación Arco Iris” de los años 90.

La anterior discusión sobre Conciencia Negra representa sólo un intento esquemático de explicación. Pero es necesario presentar más evidencia empírica para sostener esas conclusiones. Sin embargo, realmente creo que ayuda a demostrar la manera en que las lógicas social y política pueden explicar el fracaso de este movimiento para hegemonizar un campo particular de significados en una coyuntura histórica dada. En resumen, el BCM corporizó una lógica política que cuestionó la lógica del *apartheid*: los hechos desestabilizadores de los levantamientos en Soweto desestabilizaron tanto al régimen Sudafricano como al BCM, y el fracaso de este último para elaborar un significativo vacío creíble que atrajera posibles seguidores dio como resultado su reemplazo por fuerzas y movimientos políticos mejor posicionados y más creíbles.

Práctica articulatoria

El ejemplo anterior muestra la manera en que la teoría del discurso puede explicar hechos y procesos. Es evidente, sin embargo, que toda *explanans* (lo que explica) exhaustiva contiene una *pluralidad* de distintos *tipos* de lógicas y conceptos. Estas pueden incluir conceptos y lógicas teóricas tales como la lógica Lacaniana de la fantasía o el concepto de iterabilidad de Derrida, lógicas sociales más concretas, ya sea la lógica del *apartheid* o el mercado, que deben construirse para explicar un grupo particular de prácticas afianzadas o sedimentadas y también las lógicas políticas que han intervenido en constituir y criticar las lógicas y fenómenos sociales que se investigan. Como se ha sugerido, el problema en este sentido tiene que ver con las condiciones en las que es posi-

ble reunir estos elementos teóricos y empíricos heterogéneos en una cadena explicativa sin reducir o subsumir dichos elementos a leyes o abstracciones más elevadas, y sin dar lugar a un eclecticismo en el cual lógicas y conceptos incompatibles convivan de manera inconsistente.

La solución que aquí se propone vincula el concepto de una práctica articuladora con una lógica de formalización exhaustiva. Para especificar el concepto de práctica articuladora, recordemos la definición que del término hicieron Laclau y Mouffe. Para ellos, una práctica articuladora es “toda práctica que establece una relación tal entre los elementos que la identidad de los mismos es modificada como resultado de la práctica articuladora misma” (Laclau y Mouffe, 1985, pág. 105). (Obviamente, estas prácticas son sólo posibles dadas las premisas ontológicas de la teoría del discurso —que he presentado mas arriba en este trabajo—). De manera análoga, la aplicación de varias lógicas sociales y teóricas para explicar un problema particular involucra *una modificación de las lógicas y conceptos que se articularon en el proceso de explicación de cada instancia de investigación*. Esto se debe a que distintos conceptos deben ser compatibles entre sí, y con las premisas ontológicas subyacentes de la teoría del discurso, y ambas modificaciones sólo ocurren en el contexto particular de comprender y explicar el objeto que se investiga. Sin dicha modificación, las separaciones entre las distintas lógicas y conceptos, y entre esas lógicas y los problemas empíricos investigados permanecerían latentes.

¿Cuáles son las condiciones precisas de posibilidad para una práctica articuladora de este tipo? En primer lugar, los conceptos y lógicas *teóricas* en cualquier *explanans* debe ser consistente y compatible con los supuestos ontológicos subyacentes de la teoría del discurso. Para especificar las condiciones en las cuales esto es posible, debo referirme a la lógica de formalización. Esta práctica evita tanto postular una jerarquía de los distintos niveles de abstracción como sucumbir a una epistemología empiricista, tratando de construir lógicas y conceptos puramente formales extraídos de una pluralidad de problemáticas teóricas. Estas pueden entonces articularse con las materias primas empíricas relevantes para producir una cadena explicativa coherente.

Existen cuatro aspectos relacionados a esta lógica de formalización. Estos son los procesos de reactivación, deconstrucción, abstracción y “conmensuración”, cada uno de los cuales debe ser discutido. Basándonos en el método fenomenológico de Husserl, la *reactivación* de conceptos y lógicas nos retrotrae a los problemas precisos que originariamente se trataron en la constitución de una teoría particular, junto con los supuestos estructurales que permitieron el desarrollo de sus conceptos. El punto principal del ejercicio es poner al descubierto las cuestiones y presupuestos sedimentados que llevaron a la elaboración de un concepto o lógica particular. Esto posibilita la *deconstrucción* de estos aspectos deterministas o esencialistas que los hacen incompatibles con la teoría del discurso (comparar con Norval, 2004). Las prácticas de *abstracción* y *conmensuración* consisten en la creación de lógicas y conceptos puramente formales que son compatibles con los supuestos subyacentes de la teoría del discurso. Esto implica elaborar lógicas que sean apropiadas al objeto (y al nivel de abstracción) que se estudia, y que hayan sido purificadas de los rastros de particularidad que pueden evitar que sean aplicables a una variedad de problemas y cuestiones conmensurables. Estos elementos modulares constituyen la materia prima teórica para la elaboración de toda *explanans* putativa. Le resta entonces al método de articulación reunir estos elementos junto con la adecuada materia prima empírica, par producir una explicación que incluya “una concentración de muchas determinaciones” (Marx, 1973, pág. 100).

Del mismo modo, las lógicas *sociales* más concretas que se desarrollan para explicar coyunturas y eventos particulares deben ser compatibles con los supuestos subyacentes de la teoría del discurso. Así, por ejemplo, no deben basarse en explicaciones deterministas o esencialistas de las prácticas sociales. Naturalmente, también deben brindar una representación o interpretación perspicaz de las prácticas descriptas. Finalmente, como ya he sugerido, las lógicas *políticas* desempeñan lo que podría llamarse un rol quasi-transcendental en la explicación de los hechos y procesos. Dado que son parte integral de la construcción y cuestionamiento de las relaciones y prácticas sociales, funcionan como condición de po-

sibilidad e imposibilidad de estas últimas. Además, aunque las lógicas políticas están substancialmente vacías ya que no determinan *a priori* el contenido de las lógicas o formaciones sociales particulares, son la “causa” fundamental de todas las prácticas sociales dado que las últimas son, en definitiva, el producto del funcionamiento de las primeras. En resumen, las explicaciones discursivas otorgan primacía al rol de las prácticas políticas —entendidas por medio de la lógica de la hegemonía— en la explicación concreta de las prácticas sociales, aunque dichas explicaciones deban recurrir a y articular una variedad de lógicas sociales y teóricas para brindar explicaciones satisfactorias.

Verificación

La tarea de corroborar los datos surgidos de la investigación empírica, ya sea en la forma de entrevistas cualitativas o evidencia documental, será considerada *en passant* en mi discusión sobre estrategias y técnicas apropiadas de investigación en la teoría del discurso. Sin embargo, para cerrar esta sección sobre el método de la práctica articuladora, se hace necesario referirnos a las explicaciones propuestas por los teóricos del discurso. Por supuesto, este tema genera numerosas preguntas a cerca de la naturaleza de la verdad y la validez, y los siguientes comentarios son sólo un bosquejo que requiere mayor elaboración. Sin embargo, en conformidad con gran parte de la filosofía de ciencias contemporánea, ya sea inspirada por Popper (1989) o Kuhn (1970), los teóricos del discurso rechazan la idea de evaluar directamente una verdad final o absoluta (por ejemplo, mediante proposiciones científicas), y problematizan las teorías de la verdad como correspondencia que comparan proposiciones con el estado de cosas existentes. Del mismo modo, sin embargo, toman distancia de la verdad como un tipo de “imposición subjetiva” que teóricos como Habermas y Taylor critican en Nietzsche y en Foucault. (Ver Habermas, 1987, pág. 95-7; Taylor, 1985, pág. 174-84). En la teoría del discurso la verdad y el conocimiento no son reducibles o equivalentes al poder.

En cambio, las interpretaciones de la teoría del discurso sólo pueden contarse como “candidatas para la verdad o la falsedad”, es decir que pueden considerarse como potencialmente verdaderas, si están de acuerdo con las ontologías sociales y los “regímenes de verdad” en los que se generan. Además, también deben constituir interpretaciones garantizadas de los nuevos fenómenos que se proponen entender y explicar, o al menos cuestionar y refutar verosímilmente las interpretaciones dominantes. Por lo tanto están sujetas a las exigencias usuales de evidencia confiable, objetividad y consistencia interna en consonancia con los usuales regímenes de verdad. (Aunque no hace falta decir que los teóricos del discurso desafían y en cierto sentido buscan extender el carácter y parámetros de dichos regímenes). En términos Popperianos, las interpretaciones que traspasan exitosamente este doble umbral de aceptabilidad se consideran verdaderas hasta que son refutadas o superadas por otras interpretaciones.

3. Estrategias de investigación

Hasta aquí, este trabajo ha examinado las condiciones en las cuales la investigación empírica puede llevarse a cabo fructíferamente dentro del marco de la teoría del discurso. Nos ocuparemos ahora de cuestiones más concretas a cerca de la manera de conducir la investigación. Estas tienen que ver con la elección y carácter de las *estrategias de investigación*, la *producción* de datos empíricos, y las distintas maneras de *analizar los textos*. Es importante destacar desde el comienzo que la elección de las estrategias de investigación apropiadas o de las distintas técnicas de análisis textual depende de los principios subyacentes del método ya dilucidado. Así, por ejemplo, la decisión sobre la pertinencia de enfocar uno o muchos casos, o de realizar una investigación comparativa, está determinada por el proceso de problematización, las cuestiones que deben abordarse, y las hipótesis que se investigan. También depende de la clase y calidad de datos disponibles, y la profundidad del análisis requerido. De igual modo, el que uno elija concentrarse en las estructuras narrativas o retóricas de los tex-

tos —o ambas— depende de los tipos de preguntas de investigación que uno formule. El objetivo de estas reflexiones, por ende, no es tanto delinear las habilidades y procedimientos prácticos requeridos por estas estrategias de investigación, sino más bien aclarar sus características y propósitos, reflexionar sobre los temas teóricos que generan y establecer los límites apropiados para su utilización. Teniendo en cuenta estos lineamientos, comienzo por considerar dos estrategias de investigación cruciales en la teoría del discurso, vale decir el uso de estudio de casos y el método comparativo.

Estudio de casos

Mucha de la investigación empírica realizada en nombre de la teoría del discurso está basada en casos. Así, mientras el método de articulación ha reducido la distancia entre discurso teórico y objetos empíricos, se hace necesario examinar cuestiones más específicas sobre el rol exacto del estudio de casos en la teoría del discurso. ¿Cómo son seleccionados? ¿Cuál es su lugar dentro de nuestros objetivos generales de investigación? ¿Cuáles son los límites, si es que existen, en la utilización del método de estudio de casos? ¿Cómo se relacionan orgánicamente los estudios de casos con el discurso teórico tanto en términos de “lógica del descubrimiento” como de la “lógica de presentación y validación”? ¿Qué grupo más amplio de inferencias y generalizaciones, si es que existen, puede extraerse de los estudios de casos múltiples o simples? Para abordar estos temas, es útil comenzar desafiando una visión generalizada de esta estrategia de investigación.

Existe un malentendido generalizado entre muchos científicos sociales que los estudios de casos son, en el mejor de los casos, una herramienta limitada para llegar al conocimiento, y en el peor, son engañosos y hasta prescindibles. En *Making Social Science Matter*, Bent Flyvbjerg (2001, pág. 66-87) ha identificado cinco malentendidos frecuentes. Ellos son (a) que el conocimiento general y teórico (es decir, independiente del contexto) es más valioso para

la ciencia social que el conocimiento práctico concreto (es decir, dependiente del contexto) relacionado con los estudios de casos; (b) que uno no debe generalizar sobre la base de casos individuales indicando de ese modo que el método de estudio de casos contribuye muy poco al desarrollo científico; (c) que el estudio de casos es más útil para generar hipótesis, pero otros métodos (generalmente cuantitativos) son más adecuados para evaluar la testar hipótesis y teorías; (d) que el método de estudio de casos tiende a una concepción particular de la verificación, es decir, la tendencia a confirmar las nociones preconcebidas del investigador y por ende no es conductivo para la evaluación científica (como es el caso del método de falsificación, por ejemplo); y (e) que es a menudo difícil desarrollar teorías generales sobre la base de estudios de casos específicos.

Esta situación es un anatema para los teóricos del discurso. Con respecto a (a), la búsqueda de teorías explicativas cerradas y universales que exhiban un poder de predicción completo es un ideal inalcanzable en las ciencias humanas. La teoría del discurso se centra, en cambio, en la interpretación de fenómenos particularmente problematizados y en la crítica de prácticas excluyentes y sedimentadas. En ambos sentidos, el estudio de casos representa un medio ideal para concretar estas tareas. En realidad, la tarea de analizar varios casos en profundidad no sólo desarrolla las habilidades e intuiciones del investigador, sino que también es crucial para capacitar a los estudiantes para que aprendan la gramática de la teoría del discurso, mientras se sensibiliza al investigador a la complejidad y sutilezas de la realidad social en sí misma. Como Dreyfus (1986, pág. 11-13) y Flyvbjerg (2001, pág. 69-71) acertadamente argumentan, la búsqueda de conocimiento independiente del contexto que no esté basada en casos particulares finalmente obstruye el aprendizaje.

Los malentendidos (b) y (c) homogenizan los distintos tipos de estudios de casos y sus múltiples usos. Como lo sugiere Flyvbjerg siguiendo a Popper, los estudios de casos pueden usarse como “casos críticos” para falsificar o confirmar teorías, y son, por ende, importantes medios para la evaluación y elaboración de la teoría. En realidad, es posible delinear al menos cuatro tipos de

estudio de casos y su método de selección. En el comienzo, casos extremos o desviados pueden servir para aclarar fenómenos particulares de una manera dramática. En *Discipline and Punish* (Vigilar y Castigar), por ejemplo, Foucault (1977, pág. 3-16) describe la sangrienta ejecución de “Damiens el regicida” en 1757, a la que siguieron casi 80 años más tarde las “reglas para la Casa de jóvenes delincuentes de París“, una yuxtaposición que incrementa nuestro sentido de discontinuidad, mientras destaca la contingencia de diferentes modos de castigo. Los casos *críticos*, en cambio, pueden elegirse para probar o refutar teorías o hipótesis. Estos casos permiten deducciones lógicas del tipo “si esto (no) es válido par este caso, entonces es aplicable a todos los casos (o a ninguno) (Flyvbjerg, 2001, pág. 79). En este particular, resulta útil distinguir entre casos “más probables” o “menos probables”, dado que tienen la posibilidad de confirmar o refutar hipótesis. Si se demuestra que los casos “menos probables” refutan o confirman una hipótesis, otros casos “más probables” también tienen dicha posibilidad. Por otro lado, si los casos “más probables” no confirman una proposición, es improbable que los casos “menos posibles” lo hagan.

En tercer lugar, los *casos de máxima variación* pueden ser elegidos precisamente porque son tan diferentes uno del otro como es posible, permitiéndoles así a los investigadores “obtener información sobre la importancia de varias circunstancias para el proceso y resultado de los casos” (pág. 79). Por ejemplo, podría seleccionarse un pequeño número de casos porque difieren en aspectos particulares: tamaño, forma de organización, ubicación geográfica, circunstancias históricas, etc. Es posible así evaluar hasta qué punto estas variables afectan los resultados particulares. Por último, se pueden seleccionar y utilizar casos *paradigmáticos* para hacer una representación exacta de un campo de fenómenos más amplio (Flyvbjerg, 2001, pág. 80). Estos casos a menudo funcionan como ejemplares o metáforas de una sociedad. Como insiste Foucault (1977, pág. 200-209), por ejemplo, el ‘Panóptico’ de Jeremy Bentham cristalizó todo un sistema de mecanismos de vigilancia y disciplina logrando así una concreción ejemplar de lo que el denomina “sociedad disciplinaria”.

Esta tipología de los estudios de casos provee argumentos para disipar los malentendidos (d). Para comenzar, las diversas maneras en que los estudios de casos pueden ser utilizados problematiza una supuesta tendencia relacionada con la verificación, que es sólo un uso específico. En realidad, los casos críticos tienden a mostrar una mayor tendencia a la falsificación que otros métodos. Además, quienes hacen estudios de casos de manera exhaustiva y profunda a menudo informan que sus preconceptos y supuestos se ven desafiados por su trabajo, probablemente en mayor medida que los métodos que permanecen más alejados de su objeto de investigación. Por último, con respecto a (e), es importante mencionar que para los teóricos del discurso una tendencia precipitada y no reflexiva a generalizar es una forma inexacta de describir, explicar e intervenir en la realidad social. Desde esta perspectiva, una de las virtudes del método de estudio de casos —su mayor atención al detalle y su mayor proximidad al objeto de estudio— es revelar esta falencia. Para los teóricos del discurso, esta no es una falla del método de estudio de casos sino su mayor beneficio.

Analizando los malentendidos en torno al rol y propósitos del método de estudio de casos, he demostrado cómo el análisis de casos múltiples o individuales es esencial para la conducción de la investigación empírica en la teoría del discurso. Esta estrategia de investigación no sólo provee los medios para condensar un número de elementos teóricos y empíricos para dilucidar una práctica o fenómeno singular, sino que también puede articularse, de ser necesario, con otras estrategias de investigación para lograr este objetivo. Por ejemplo, cuando se asocia con el método comparativo, el conocimiento de “casos extremos” puede servir para echar luz sobre prácticas que damos por sentadas, y los casos “periféricos” o “anómalos” pueden revelar algo inesperado e invisible en casos aparentemente más “normales”. Por otro lado, la creación y descubrimiento de lo que Wittgenstein (Wittgenstein, 1953, pág. 122) denomina “casos intermedios” puede servir para ligar las prácticas que (creemos que) entendemos y las que no. Además, la descripción de casos de “variación máxima” pueden ser de utilidad para establecer las condiciones en las que ciertas prácticas surgen y se desarrollan (y otras no), y para constatar la presencia o ausencia

de ciertos factores en la constitución y reproducción de fenómenos particulares. Estos comentarios nos llevan al rol de la investigación comparativa en la teoría del discurso.

Investigación comparativa

Implícita o explícitamente, los teóricos del discurso con frecuencia emplean el método comparativo. Sin embargo, al igual que con muchas cuestiones metodológicas definidas con menos amplitud, hay muy poca reflexión directa sobre la perspectiva comparativa en la teoría del discurso. Para comenzar, y tal como ocurre con el método de estudio de casos, la práctica de comparación debe estar relacionada con la práctica de interpretación de fenómenos problematizados. Esto significa que una perspectiva comparativa en la teoría del discurso debe tomar distancia de las posturas puramente positivistas o cuantitativas. Dicho con más precisión, mientras que los teóricos del discurso pueden llevar adelante tareas como la “descripción contextual” o la “clasificación de fenómenos empíricos en distintas categorías con características compartidas”, se oponen a la manera en que los científicos políticos consideran estos objetivos “de nivel más bajo” como momentos meramente precursores en su afán por explicar mediante la evaluación de hipótesis (generalmente pero no exclusivamente empleando datos cuantitativos), y predecir mediante el uso de teorías de base legal o nomológicas (ver Landman, pág. 4-10).

Por el contrario, dos condiciones deben cumplirse para emprender una investigación comparativa en la teoría del discurso. En primer lugar, es necesario especificar los problemas y cuestiones que se abordarán, ya que los principales enfoques comparativos en las ciencias sociales son del tipo de investigación basada en un método. Para los teóricos del discurso, en cambio, la comparación siempre se relaciona con los problemas específicos abordados y tratados. La segunda condición es que la investigación comparativa en la teoría del discurso no puede discrepar con su enfoque en el contexto histórico y la especificidad concreta. La base para la interpretación debe incluir interpretaciones descriptivas densas de

fenómenos empíricos particulares (a pesar de poder discernir similitudes y semejanzas importantes en un grupo o clase de fenómenos). En resumen, el empleo del método comparativo para explicar por qué estructuras similares dan origen a resultados diferentes, o por qué diferentes sistemas producen efectos similares, debe basarse tanto en el método como en la interpretación de casos particulares. Esto deja fuera a las comparaciones numerosas en las que los datos cuantitativos constituyen el objetivo final de la investigación desde un punto de vista discursivo. Si bien dichos datos pueden ser usados para otros propósitos —por ejemplo para establecer patrones generales que ayuden a formular hipótesis— no pueden constituir la base para comparaciones e interpretaciones generales.

Como consecuencia, los teóricos del discurso necesitan recurrir a distintas fuentes teóricas para desarrollar una perspectiva apropiada sobre la investigación comparativa. Afortunadamente, estos recursos están disponibles en las tradiciones y pensadores filosóficos a los que la teoría del discurso recurre⁶. Para este ensayo, me basaré en los escritos del último período de Wittgenstein para establecer cinco razones generales por las que los teóricos del discurso *deberían* emplear la investigación comparativa y cómo podrían proceder al hacerlo. En primer lugar, la utilización y descripción de casos comparativos hacen que los fenómenos sean más inteligibles. Consideremos cómo Wittgenstein utiliza los

⁶ Por ejemplo, los métodos de análisis arqueológico y genealógico de Foucault incluyen la elaboración de comparaciones explícitas e implícitas entre las formaciones discursivas, los órdenes del discurso y los sistemas de poder/conocimiento. Del mismo modo, la reelaboración que Quentin Skinner y James Tully hicieron de la historia de las ideas deliberadamente analiza el pasado para esclarecer y crear posibilidades en el presente, tal como lo hacen Peter Winch y Hans-Georg Gadamer en su “hermenéutica de la recuperación” [hermeneutics of retrieval en original, N. T.] cuando emplean estudios de casos comparativos para descontextualizar y descentrar nuestras formas de vida aparentemente universales. Estos pensadores y teóricos no sólo dan una variedad de razones para llevar a cabo una investigación comparativa, sino que también elaboran una variedad de métodos, mecanismos, técnicas y terapias para describir el *ethos* comparativo y sus finalidades.

“casos intermedios” para esclarecer prácticas “extrañas” que tienden a ser mal interpretadas ya sea porque son fácilmente asimiladas en nuestra comprensión limitada y predominante o porque se les concede una “otredad ininteligible”. En sus comentarios críticos sobre *On Golden Bough* (“La Rama Dorada”) de James Frazer, por ejemplo, Wittgenstein (1979, pág. 64) describe cómo los pilotos americanos de la Segunda Guerra Mundial besaban las fotos de sus seres queridos antes de embarcarse en una misión, destacando así el carácter expresivo, más que funcional o instrumental, de ciertas acciones humanas. Luego muestra cómo este “complejo de acciones” nos ayuda a entender que las llamadas “prácticas primitivas” en las “sociedades tradicionales” deberían considerarse internamente relacionadas, en primer lugar, con las costumbres y rituales de esas formas de vida y no como creencias protocientíficas automáticamente erróneas a cerca de la eficacia de sus acciones. Esta operación típicamente hermenéutica busca esclarecer y comprender grupos de creencias y prácticas que pueden inicialmente parecer extrañas, o “bárbaras” relacionándolas con comportamientos que son de inmediato inteligibles para nosotros (Wittgenstein, 1979, pág. 61-81; ver también Cioffi, 1988). Cuestiones acerca de la explicación y la evaluación pueden continuar luego.

Una segunda razón es precisamente desarraigar y desfamiliarizar nuestra normal comprensión de los fenómenos concentrándonos en su peculiaridad contingente. Nuevamente, el pensamiento más tardío de Wittgenstein puede ser de gran utilidad en este sentido. Su deseo de “*übersicht*” —hallar la visión o perspectiva correcta sobre el significado de nuestras palabras y prácticas (Wittgenstein, 1953, pág. 122)— procura reorganizar nuestro conocimiento empírico existente para esclarecer nuestros objetos de investigación. Por ejemplo, su comprensión de ciertas prácticas primitivas relativiza y “descentra” creencias sedimentadas sobre la superioridad universal del razonamiento científico, el cual tendemos a considerar como natural y normal. También emplea “juegos de lenguaje” comparativos que refuerzan nuestra comprensión con el fin de desmitificar las concepciones engañosas sobre el uso del lenguaje. Por ejemplo, en las primeras páginas de las *Investigaciones*

Filosóficas, su ejemplo de dos personas levantando una pared nos hace pensar en el hecho que no usamos las palabras sólo para denotar los objetos en el mundo, tal como sugiere la concepción Agustiniana del lenguaje. Cuando el sujeto “A” grita las palabras “ladrillo”, “columna”, “soporte” y “viga” —y el sujeto B le pasa el “ladrillo”, la “columna”, el “soporte”, o la “viga”— no está señalando los objetos a los que se refieren las palabras, sino que está usando las palabras para comunicarse con el sujeto “B” para llevar a cabo la tarea de construcción de la pared. De esta manera Wittgenstein nos hace notar cómo las palabras y las acciones se entretajan en un juego de lenguaje particular y no son formas separadas (Wittgenstein, 1953, pág. 2, 6-8). Wittgenstein también inventa prácticas no familiares para mostrar la contingencia y rareza de lo que damos por sentado. Por ejemplo, nos pide que imaginemos alumnos que difieren “irracionalmente” de los modos convencionales de cumplimiento de las reglas para explicar las formas convencionales en que aprendemos y seguimos las reglas.

La tercera razón para realizar una investigación comparativa se centra en señalar factores decisivos en la comprensión y explicación de los fenómenos. Cuando se la asocia al método de estudio de casos, especialmente de los casos extremos o de máxima variación, la investigación comparativa puede ayudar a destacar un aspecto crucial que está presente o ausente en el fenómeno. Esta técnica puede mejorar la comprensión al tiempo que señala otras áreas de investigación. Por ejemplo, podemos desear saber por qué y cómo se reproducen los proyectos hegemónicos o los movimientos sociales, mientras que otros no lo hacen; o podemos querer entender por qué ciertas sociedades con surgimientos históricos similares evolucionaron de maneras muy diferentes. La investigación comparativa de unos pocos estudios de casos cuidadosamente seleccionados, que se concentra en un grupo clave de variables, es esencial para delimitar qué factores explican resultados tan diferentes. Sin embargo, es importante poner fin a un malentendido en este aspecto. Si bien nos interesa determinar por qué y cómo se da un grupo de patrones en vez de otro, la investigación comparativa en la teoría del discurso no implica la comparación de prácticas o instituciones idénticas que son tratadas como unidades pura-

mente equivalentes. En realidad, en vez de esencias, comparamos prácticas y objetos que comparten ciertos parecidos de familia. Es por esta razón que la interpretación de un fenómeno particular necesariamente precede a la dimensión comparativa.

Una cuarta razón se centra en el continuo juego entre universalidad y particularidad, necesidad y contingencia. Tal como sugiere Slavoj Žižek (1994, pág. 1-3), un tropo ideológico implica la continua inversión de estas oposiciones dialécticas. Por ejemplo, mientras que hace treinta o cuarenta años el capitalismo era concebido como una de las tantas formas de relación productiva, y nuestra relación con la naturaleza era considerada fija y constante, nuestro mundo contemporáneo asume que el capitalismo es un horizonte necesario y universal que no permite escapes, mientras que nuestra reciente preocupación por la “catástrofe ambiental” y la “destrucción de la naturaleza” muestra la contingencia de las relaciones hombre/naturaleza y ha evocado una pluralidad de imaginarios políticos destinados a repensarlas. Describiendo y mostrando una variedad de casos comparativos, podemos explorar estos cambios dialécticos, rastrear los mecanismos ideológicos que los generaron, y ocuparnos de la tarea de “crítica de la ideología” detectando y reescribiendo las lógicas que detectamos.

Finalmente, una tendencia en la teoría del discurso puede incluir proyectar “ideales” en los fenómenos que deseamos explicar y evaluar. Este modo de accionar es típico en los textos de Wittgenstein en los que con frecuencia inyecta “ideales” en sus discusiones de los fenómenos lingüísticos para “enseñarnos algo a cerca del uso real” del lenguaje (Wittgenstein 1977, pág. 35). Los “ideales” aquí no significan algo especialmente bueno, sino simplemente algo llevado a los extremos”, y funcionan como “*objetos de comparación* que deben esclarecer los hechos de nuestro lenguaje no sólo mediante similitudes sino también mediante diferencias” (Wittgenstein, 1953, pág. 130). Así, los “simples y claros juegos de lenguaje” que él inventa son tomados como un “modelo” comparativo o una “tabla de medición”, y “no como una idea preconcebida con la que la realidad *debe* corresponder” (Wittgenstein, 1953, pág. 131). Esta técnica comparativa no es sólo útil para explicar los fenómenos permitiéndonos concentrarnos en las au-

sencias y presencias en el objeto de investigación, sino que también suministra los recursos éticos para que el proyecto de evaluación y crítica detecte las divergencias entre los ideales y los fenómenos explorados. En el campo de la teoría política, por ejemplo, William Connolly emplea esta técnica en su proyecto de interpretación ontopolítica. Superando la “dialéctica negativa” de gran parte del post-estructuralismo contemporáneo, defiende un modo de interpretación que explícitamente proyecta “presunciones ontopolíticas... en detalladas interpretaciones de la actualidad”: y así “reconoce que nuestras proyecciones implícitas seguramente exceden nuestra capacidad para demostrar su verdad”. El objetivo es “desafiar la idea de cierre sin fisuras” en las matrices políticas y teóricas dominantes “afirmando el carácter contestable de nuestras propias proyecciones, ofreciendo lecturas de la vida contemporánea que compiten con explicaciones alternativas, y desplazándonos hacia delante y hacia atrás entre estos dos niveles” (Connolly, 1995, pág. 36).

4. Los datos como textos, los textos como datos

La consideración de los estudios de casos y de la investigación comparativa presupuso la producción y análisis de una gran cantidad de datos empíricos. Los documentos primarios, las entrevistas profundas, los informes de los diarios, las prácticas sociales observadas y no observadas, las imágenes, los datos cuantitativos, e incluso los edificios y los monumentos históricos son útiles a la teoría del discurso que se basa en los problemas. Más sistemáticamente, es posible distinguir entre datos lingüísticos y no-lingüísticos, reactivos y no-reactivos (como lo presento en el Cuadro 1), aunque estas distinciones más que ontológicas son pragmáticas. Esto significa que la diferencia entre lingüístico y no-lingüístico no se superpone estrictamente con la división entre discursivo/no-discursivo o verbal/no-verbal, ya que ambos son componentes intrínsecos del concepto de discurso. En el lenguaje de la semiótica y la lingüística estructural, tanto una marcha en contra de la guerra como una prisión diseñada sobre la

idea del (poco) célebre “Panopticon” de Jeremy Bentham son significantes diferenciales de un discurso, ya que sus identidades están determinadas por sus diferencias y oposiciones con otros significantes. Del mismo modo, es útil distinguir entre fuentes reactivas y no-reativas (es decir aquellas fuentes que presuponen un elemento de ínter subjetividad para que se produzcan y aquellas que no lo requieren) ya que nos permiten develar distintas dificultades y cuestiones teóricas. De nuevo, sin embargo, esta distinción no es sinónimo de una diferenciación marcada entre sujeto y objeto, ya que tanto las fuentes reactivas como las no reactivas deben ser consideradas parte de los sistemas de significación que les confieren su identidad y significado; de allí que ambas presupongan, entonces, un paso por la subjetividad.

Cuadro 1

	Lingüístico	No-lingüístico
Reactiva	Entrevistas	Observación participante, estudio de la acción
No reactiva	Documentos	Imágenes, construcciones, arquitectura

En este sentido, es posible tratar *todos los datos como texto* (como lo hace Derrida cuando afirma que “*no hay nada fuera del texto*” (Derrida, 1976, pág. 158). Sin embargo, es necesario hacer una advertencia y una aclaración en este sentido. La teoría del discurso necesita, por otro lado, protegerse de los cargos de reduccionismo lingüístico, en el cual las prácticas son meros efectos de los textos, mientras que, por otro lado, no debe concebir los textos como puramente epifenomenales —esto es, como los efectos de lógicas objetivas. En resumen, los teóricos del discurso necesitan ocuparse de los textos con el nivel apropiado de abstracción. En este sentido, comencemos reiterando la distinción entre análisis del discurso y teoría del discurso. El primero consiste en una variedad de técnicas para analizar “el habla y el texto en contexto”, mientras que la segunda provee los supuestos subyacentes para utilizarlos apropiadamente. Para expresar el contraste en palabras de Heidegger, la teoría del discurso corresponde al nivel ontológico, mientras que el concepto de discurso especifica las presuposiciones necesarias en toda investigación sobre la naturaleza de los

objetos y las relaciones sociales, mientras que el análisis del discurso opera a nivel óntico, y se ocupa de analizar los objetos particulares especificados por nuestras presuposiciones ontológicas (Heidegger, 1962, pág. 31-5; ver Mulhall, 1996, pág. 4). Más concretamente, el discurso en el primer sentido es una categoría ontológica que especifica cómo se entretajan las palabras y acciones en las prácticas, la contingencia de toda identidad, la primacía de la política, etc.; mientras que la segunda acepción lo define más estrictamente como un conjunto de prácticas y representaciones simbólicas materializadas en una variedad de textos, discursos y secuencias significantes de todo tipo. Me referiré ahora a tres temas que surgen relacionados con la producción de datos textuales.

El archivo

El primer tema se relaciona con la creación de un archivo documental. ¿Tenemos que reunir todos los documentos posibles o podemos basarnos en una muestra representativa? ¿Cuáles son los criterios de selección? ¿Cuáles son los problemas relativos al análisis de documentos y cómo pueden ser abordados? De acuerdo a mis principios metodológicos, existen muy pocas respuestas generales para estas preguntas, ya que sólo pueden elaborarse a la luz del problema específico que se investiga. Si necesitamos o no reunir una gran cantidad de documentos primarios, o podemos depender de una muestra representativa, o de documentos ejemplares, dependerá de la especificación del problema, ya que éste determina, en gran medida, el contexto y límites apropiados de un proyecto de investigación. Un proyecto definido estrictamente y que utiliza unos pocos textos posibilita, y en realidad requiere, la creación de un archivo exhaustivo; mientras que un proyecto de investigación con final abierto en general excluye esa opción. La investigación más abierta, que es característica de gran parte de la teoría del discurso, requiere, entre otras cuestiones, definir el contexto de estudio apropiado, y los criterios para seleccionar los documentos. Con respecto al primero, es evidente que la naturaleza macroscópica de muchos estudios teóricos del discurso hace

que el investigador deba ocuparse de contextos múltiples y superpuestos, y de la infinita tarea de contextualizar el problema en consideración. Como lo sugiere Derrida, no existen contextos completamente saturados ya que las huellas de los significantes siempre pueden detectarse en otros innumerables contextos. Más bien, el investigador se ve obligado a tomar decisiones sobre el nivel y grado apropiados de contextualización, y debe establecer los límites de cualquier proyecto particular. Según los principios claves que definen dichas decisiones, éstas deben ser explícitas, consistentes y justificadas.

Con respecto a los criterios que gobiernan la selección de documentos, son igualmente múltiples y forzados, ya que su elección está determinada por los propósitos y métodos de la investigación. Tomemos, por ejemplo, un estudio sobre el carácter y evolución de la ideología política de un partido. Dicha investigación puede combinar métodos cuantitativos destinados a proporcionar una idea inicial de los patrones generales del discurso, al tiempo que registra la presencia de palabras repetidas, frases poco comunes, y figuras retóricas específicas. Esto puede requerir una selección de documentos consistente y cuidadosamente catalogados, tales como los manifiestos del partido o discursos de los líderes en foros específicos. Junto a este enfoque cuantitativo, el análisis discursivo de una selección menos estricta de panfletos, escritos de los políticos, entrevistas cualitativas, etc. puede tener como objetivo develar aspectos relacionados con el significado, génesis y propagación de ideas, lo cual no es fácilmente detectable con los métodos cuantitativos. Los textos seleccionados en el último caso serán más el resultado de los juicios intuitivos del investigador sobre su importancia y significado, que de los criterios más objetivos del primero. Una vez más, los principios de estos criterios de selección múltiple dependen de los problemas de la investigación y de las cuestiones investigadas, como así también de los principios de publicidad, consistencia y justificación. El precepto central que gobierna estas reflexiones es no entregarse a un cientificismo inalcanzable, y protegerse al mismo tiempo de los alegatos positivistas según los cuales la teoría del discurso se basa en evidencia anecdótica y en la elección arbitraria de fuentes.

Entrevistas cualitativas

El segundo tema está relacionado con el rol de las entrevistas cualitativas (y en términos más generales, de los métodos etnográficos) en la producción de datos, y los problemas asociados con esta práctica. Para un enfoque que destaca la importancia de la subjetividad para explicar la realidad social, y que busca proveer “descripciones exhaustivas” de los eventos y procesos (las cuales no son fácilmente alcanzables desde un punto de vista puramente positivista), las entrevistas cualitativas y profundas constituyen un importante medio para generar textos primarios. Mi discusión abarca entonces cuestiones referidas a la selección de los entrevistados, la representatividad de sus respuestas, y las múltiples funciones que ellos tienen en la ejecución de los proyectos de investigación. Se concentra entonces en tres aspectos importantes relativos a la posición del entrevistado y su discurso (el objeto de la investigación); el rol del entrevistador (el sujeto que conduce la investigación); y las complejas relaciones que surgen entre el sujeto y el objeto del proceso de entrevista.

Comencemos con la serie de temas que giran en torno al rol y a la posición del entrevistado⁷. Consideremos las cuestiones que surgen de las entrevistas realizadas con miembros de movimientos de protesta. Incluyen, en primer lugar, el problema de las “racionalizaciones retrospectivas” en las que los entrevistados articulan frases bien ensayadas que están de acuerdo con las “versiones oficiales” del movimiento o del grupo de oposición. Por ejemplo, se sabe que quienes participan en movimientos exitosos a menudo subestiman las dificultades y complejidades en nombre de narrativas teleológicas prolijas que culminan en la

⁷ Esta discusión incluye cuestiones sobre el *status* del entrevistado. Tal como se menciona en mi examen sobre la subjetividad que se presenta más abajo, no se considera al entrevistado como el creador del discurso auténtico, sino como el articulador de enunciados desde una posición de enunciación particular.

concreción de objetivos claramente definidos. En cambio los activistas en campañas y movimientos fallidos tienen una tendencia a las historias de “fracasos heroicos” o “traición del liderazgo”. Una segunda dificultad tiene relación con las representaciones hiperbólicas de los eventos y procesos, en las que el pasado o el presente se describe de manera demasiado optimista o pesimista, y donde el rol y contribución del entrevistado es en general exagerada o minimizada según las circunstancias de la entrevista. Una tercera dificultad concierne a los niveles de información y discurso potenciales que son inaccesibles para el entrevistado. James Scott, por ejemplo, menciona la existencia de “transcripciones ocultas” de resistencia que ocurren fuera de la “observación directa” de “quienes detentan el poder”, que consisten en “discursos, gestos y prácticas entre bastidores que confirman, contradicen o desvirtúa lo que aparece en la transcripción pública” (Scott, 1990, pág. 5-6). Y aunque su investigación empírica hábilmente procura examinar la discrepancia entre los discursos públicos y ocultos, reconoce las dificultades metodológicas de evaluar y registrar “la transcripción oculta completa” de las prácticas de resistencia (Scott, 1985, pág. 288).

En resumen, y generalizando a partir de este ejemplo, nos enfrentamos con la dificultad de corroborar y validar lo que se dice en las entrevistas, de analizar la información que creemos ya sea verdadera o falsa, y de acceder a información que permanece oculta de manera deliberada o no. Hay una serie de técnicas y estrategias que pueden potencialmente compensar estos problemas. La técnica de *triangulación* —que compara distintos tipos de datos (cuantitativos o cualitativos, primarios y secundarios) y diferentes tipos de métodos (por ejemplo, entrevistas y análisis textuales) para ver si se sustentan entre sí— es útil para validar evidencia obtenida durante las entrevistas. Además, el material que se comprueba que es falso, distorsionado, o parcial puede y debería ser analizado precisamente por sus inexactitudes y ocultamientos. En otras palabras, en vez de ser descartadas o descontadas pueden en sí mismas constituir importantes indicadores de la comprensión e interpretaciones que los actores hacen de los eventos. Las representaciones hiperbólicas, las omisiones, las re-

peticiones, errores y las frases poco comunes constituyen así valiosos puntos de condensación en una entrevista y requieren mayor atención y análisis. No es necesario decir que las categorías psicoanalíticas son extremadamente importantes al analizar dichos síntomas. Por último, es importante reconocer los límites de la información reunida en las entrevistas, (especialmente en los casos en los que se observan importantes asimetrías de poder, o donde las “transcripciones ocultas” son más importantes) y suplementar los datos de la entrevista con otras fuentes tales como los documentos primarios (panfletos, actas de reuniones, etc.), interpretaciones secundarias, entrevistas desde distintos lugares de enunciación, etc.

Un tema importante con respecto al entrevistador (o sujeto que conduce la investigación) es el concerniente al “problema de los paradigmas preexistentes”, es decir, la tentación de imponer nuestros propios puntos de vista en el entrevistado bajo la forma de preguntas importantes destinadas a confirmar nuestras intuiciones e hipótesis, suposiciones que llevan a preguntas capciosas, o categorías que dan como resultado la mala interpretación de la información reunida. En este sentido, Quentin Skinner (1969) ha examinado los efectos deletéreos de los mitos de “coherencia” o “prolepsis” según los cuales tendemos a imputar una consistencia falsa a los textos de filosofía política (o en este caso al discurso del entrevistado) o anticipamos lo que se está diciendo de maneras coincidentes con nuestras hipótesis y diseño de investigación. Por el contrario, si adoptamos “un ethos de apertura hacia el otro”, una reflexión crítica sobre nuestro proyecto de investigación y supuestos teóricos es una forma útil de combatir la tentación de reducir el discurso del otro a propósitos conocidos y útiles al entrevistador. En resumen, es ver la relación dialógica entre el entrevistador y el entrevistado no como una especie de lo que Habermas denomina “situación ideal de habla” porque existen irreductibles asimetrías de poder que deben ser consideradas y negociadas. En cambio, es mejor considerarla como un encuentro lingüístico con todas las dificultades pertinentes que los post-estructuralistas han observado en la comunicación en general.

Datos no lingüísticos

El tema final se relaciona con el lugar de los datos no lingüísticos en la teoría del discurso. ¿Cuáles son los principios y métodos que informan la selección e interpretación de las acciones, instituciones, imágenes y objetos físicos observados dentro de la teoría del discurso? Es importante comenzar recordando que la teoría del discurso considera todos esos datos como componentes internos de un discurso. Para usar las palabras de Heidegger, son elementos de “los mundos” de los que los sujetos de nuestra investigación —y nosotros como investigadores— formamos parte (Heidegger, 1962, pág. 91-5). Esto significa que una “descripción exhaustiva” de una práctica o acción, una estrategia de observación participante, o una entrevista en profundidad tienen lugar en dichos contextos cargados de significado, y el proceso de comprensión e interpretación estará marcado por sus complejas relaciones con los objetos de dichos mundos. Al igual que con otros tipos de datos ya discutidos, nuestro interés por dichos objetos no lingüísticos y no reactivos es por definición dependiente del problema. Esto significa que la selección de una imagen o construcción como así también el sentido y propósito de interpretar dichos objetos están relacionados con los problemas y las estrategias de investigación empleadas.

En general, sin embargo, es posible especificar en este sentido dos tipos principales de objetos de investigación. En primer lugar, dichos objetos pueden ser vistos como componentes esenciales de la situación que se analiza. Por ejemplo, un estudio sobre creación de políticas deliberativas puede prestar especial atención a las configuraciones físicas precisas de las habitaciones o lugares donde tienen lugar dichas deliberaciones, ya que pueden develar las relaciones latentes o expuestas del poder ejercido por los expertos y oficiales sobre los ciudadanos comunes. Esto se debe a que la ubicación espacial precisa de las bancas para los testigos expertos, los ciudadanos y el público constituye la materialización física de los distintos “lugares de enunciación” involucrados, y estas distribuciones espaciales no son neutrales.

En segundo término, dichos objetos pueden ser en sí mismos los principales objetos de investigación. Por ejemplo, al defender su idea de que la organización del espacio urbano en áreas segregada fue crucial para la reproducción del estado racial en Sudáfrica, Jenny Robinson (1996) toma el diseño y ubicación física de las comunas africanas en los alrededores de Puerto Elizabeth como los principales objetos de estudio. Basándose en las investigaciones de Foucault sobre las configuraciones espaciales de las prisiones, asilos y hospitales en la sociedad moderna, demuestra cómo estas manifestaciones físicas del ordenamiento espacial están profundamente arraigadas en las relaciones de poder y discurso dominantes en la sociedad sudafricana (Robinson, 1996, pág. 19-20). Ella concluye demostrando cómo el ordenamiento del espacio urbano en Sudáfrica estaba íntimamente relacionado con la extensión de vigilancia, control y el perfeccionamiento administrativo del régimen (Robinson, 1996, pág. 63; ver también Mitchell, 1991, pág. 63-94; Scott, 1998). Lo mismo puede ser cierto para otras imágenes, caricaturas, edificios, etc. que son parte de un ensamble discursivo u objetos independientemente significativos en sí mismos.

5. Análisis de Texto

Habiendo aclarado la manera en que los teóricos del discurso generan y conciben los datos empíricos en el análisis textual, podemos ocuparnos de la razón y propósito de dicho análisis y también de su conducción. Como se ha enfatizado repetidamente, la conducción del análisis textual no puede hacerse en lo abstracto, sino que está relacionada con la instancia específica de la investigación que se lleva adelante. Sin embargo, es posible señalar tres formas de análisis textual que son comúnmente empleadas por los teóricos del discurso. Estas se relacionan con el análisis de significado en los textos (semántica); el rol de la retórica para alcanzar ciertos efectos; y la construcción y rol de la subjetividad (pragmática). Consideraremos a continuación cada uno de ellos.

El análisis de significado

Un objetivo central del análisis textual en la teoría del discurso es localizar y analizar los mecanismos por los cuales el significado se produce, establece, cuestiona y subvierte en textos particulares. Muchas de estas lógicas y mecanismos —lógicas de equivalencia y diferencia, la producción de significados flotantes o vacíos, la repetición, etc.— ya han sido discutidos en ejemplos anteriores de análisis, y les dedicaré más atención en mi discusión sobre la subjetividad y la retórica más adelante. Por lo tanto no es necesario examinarlos nuevamente en esta sección. En cambio, quiero concentrarme en la utilización legítima o ilegítima de dichas lógicas para la conducción de análisis textual en el proyecto general de obtener explicaciones teórico-discursivas.

Consideremos, por ejemplo, una descripción que aparece en el libro oficial del Departamento de Información de Sudáfrica que se publicara en 1973.

Esencialmente, el rasgo innegable de la situación sudafricana es que Sudáfrica es un país de muchas naciones. Cuatro millones de blancos de origen europeo, cuatro millones de Zulúes, dos millones de Swanas, dos millones de Sothos, etc. cada grupo es una minoría —de hecho no hay un grupo mayoritario único.

Cada una de las diferentes naciones negras de Sudáfrica, creemos, debería tener la oportunidad de ejercer su derecho básico de determinar su propio futuro por sí misma. Nada debería evitar que cada una de estas naciones negras se independice en el sentido más completo de la palabra. Se las está ayudando a alcanzar ese objetivo (Departamento de Información de Sudáfrica, 1973; 29-30).

La descripción de un país con muchas naciones cualitativamente diferentes, y no de una sociedad dividida por razas y clases, o una nación única integrada por diferencias internas, cristaliza las lógicas de la diferencia y de la equivalencia en juego en Sudáfrica durante los años 60 y 70. Es decir, apunta al proceso por el cual el Partido Nacional gobernante había exitosamente desarticulado las cadenas de protestas establecidas por el Congreso Nacional Africano durante los años 50 y comienzos de los 60, mientras explicaba la ideolo-

gía alternativa de particularidad nacional y étnica que caracterizaba al ideal de “desarrollos separados” (ver Norval, 1996). Al representar la “plenitud absoluta” de la sociedad sudafricana —aquello de lo que carece y cómo esta carencia puede ser suplida— términos como “apartheid”, “desarrollo separado” y “autodeterminación” funcionaron como significantes vacíos que unieron a los sudafricanos blancos que se oponían a las demandas del nacionalismo africano. En resumen, dichas declaraciones no sólo son representaciones ejemplares de la macro lógica del “Gran Apartheid” sino que también constituyen una instancia local de su creación, y un análisis detenido de dichos textos le permite al investigador extraer el significado y lógica del discurso que se investiga.

Sin embargo, es importante no confundir dichas representaciones paradigmáticas del “Gran Apartheid” con el sistema de prácticas —tanto micro como macro— que crearon dichas fronteras políticas y espacios sociales. Tampoco debe asumirse que estas manifestaciones agotan dichas prácticas políticas ya que esto sería asumir que las condensaciones textuales son equivalentes a las prácticas densas de formación de identidad y creación de fronteras, reduciendo así las prácticas a registros lingüísticos. En cambio, un análisis exhaustivo debería describir y analizar el conjunto de micro y macro prácticas —tanto lingüísticas como no lingüísticas— que produjeron dichas divisiones y conflictos, en los que el análisis textual constituye un componente interno de un proyecto más amplio. En resumen, el análisis limitado de documentos oficiales, declaraciones públicas, artículos del diario, manifiestos políticos de los partidos, etc. constituyen *sólo un aspecto* de un análisis discursivo exhaustivo. Necesitan ser suplementadas con entrevistas minuciosas, descripciones detalladas de prácticas e instituciones, reconstrucciones históricas de fenómenos basados en una variedad de datos empíricos, etc.

Retórica

Es útil contar con un conjunto de comentarios preliminares para entender la manera en que las categorías retóricas se emplean para analizar los textos. Por un lado, las categorías retóricas son una

manera importante de enriquecer la ontología de la teoría del discurso. Por otro lado, constituyen un valioso conjunto de herramientas para analizar la construcción y subversión de todo significado. Con respecto al primer punto, por ejemplo, el concepto de práctica hegemónica se define como una operación *metonímica* en la cual un grupo o movimiento particular asume demandas articuladas por grupos contiguos (por ejemplo, un movimiento estudiantil comienza a organizar y ocuparse de demandas de los trabajadores), o extiende un conjunto de demandas particulares a esferas adyacentes (las luchas de los trabajadores, por ejemplo, puede llegar a simbolizar las demandas de una nación entera). Por el contrario, la importancia del rol de tropos específicos tales como las metonimias o las metáforas en el análisis retórico de los discursos de los políticos —por ejemplo, el uso que Tony Blair y Gordon Brown hacen de términos como “Nuevo Laborismo” y “Laborismo” respectivamente en su lucha por liderar el Partido Laboral— funciona a nivel óntico y presupone las categorías básicas de la teoría del discurso para su análisis.

A nivel óntico, y siempre que concuerden con sus premisas ontológicas, los teóricos del discurso pueden recurrir libremente a una serie de figuras y recursos para analizar los textos y las prácticas. Por ejemplo, los discursivistas pueden aprovechar la reactivación que Quentin Skinner realizó de la técnica de Quintiliano de descripción retórica (*paradiástole*) para analizar las luchas por la hegemonía. Skinner se basó en el consejo que Quintiliano le diera a quienes se ocupan de presentar narraciones fácticas para persuadir a una corte, por ejemplo. La técnica consiste en repetir los hechos “pero no todos en el mismo modo” ya que quien tiene a cargo la retórica “debe asignar diferentes causas, un estado psíquico diferente y un motivo distinto a lo que se hizo” (Quintiliano citado por Skinner, 2002, pág. 183). De particular interés para los teóricos del discurso es la substitución de un término evaluativo opuesto —aunque cercano— “que sirve para describir una acción no menos verosímil, pero que al mismo tiempo sirve para ubicarla bajo una perspectiva opuesta” (pág. 183). Así “la prodigalidad debe ser redescrita de manera más flexible como liberalidad, la avaricia como precaución, la negligencia como simplicidad de

mente” (Quintilian citado en Skinner, pág. 183). La lógica de la redescipción retórica es entonces útil para los teóricos del discurso que quieren examinar la manera en que las batallas hegemónicas incluyen constantes intentos para redefinir temas y procesos de modo que sean apropiados a un proyecto particular.

La construcción de la subjetividad

Un aspecto importante de la teoría del discurso se relaciona con la manera en que las subjetividades se construyen en y a través de los textos. En este sentido, existen muchos juegos del lenguaje teóricos compatibles —o al menos potencialmente compatibles— que pueden ayudar a analizar la dimensión subjetiva del discurso. Para comenzar, y siguiendo las concepciones post-estructuralistas del lenguaje de teóricos como Roland Barthes y Lacan, se puede hacer una distinción heurística útil entre el enunciado (*énoncé*) y el acto de decirlo o enunciación (*énonciation*). Este contraste nos permite concentrarnos ya sea en lo que se dice o escribe (en cuyo caso “el sujeto de la enunciación” es tratado como un producto terminado a través del cual habla el lenguaje) o en el acto de decir o escribir (en el cual el sujeto es constituido o subvertido por el acto mismo).

El primer enfoque es evidente en *Arqueología del Saber* de Foucault donde propone un proyecto para describir los enunciados del discurso al nivel de “cosas dichas” (Foucault, 1991, pág. 63). Aquí Foucault detecta lo que él llama “modalidad enunciativa” de una formación discursiva —aquellas condiciones y reglas que deben cumplirse en un orden dado del discurso para que un enunciado sea reconocido como significativo y se constituya así en candidato para la verdad y la falsedad. Tomemos, por ejemplo, el caso de un texto o enunciado producido por un experto académico para un Pedido de Informes administrativo. En este sentido, las condiciones y reglas de la modalidad enunciativa giran en torno al entrenamiento y especialización reconocidas del sujeto (¿es el sujeto un científico adecuadamente entrenado y autorizado?), los “sitios institucionales” desde los que habla (¿habla desde una institu-

ción de aprendizaje constituida legítimamente?), y la “posición del sujeto” desde la que emite los enunciados y construcciones apropiados (¿Ocupa adecuadamente el “lugar vacío” del “profesor”?). A los efectos del análisis textual, dicho enfoque lleva al investigador a explorar las condiciones bajo las cuales los sujetos hablan o escriben, las presiones específicas a las que se ven sometidos, los puntos límites que determinan qué puede y qué no puede decirse, y las diferentes posiciones desde las que un sujeto puede hablar. Dicha investigación permite que el investigador esclarezca a qué se refiere un sujeto cuando emite un enunciado, y también trata de determinar las distintas posiciones posibles desde las que un sujeto puede hablar.

El segundo tema se relaciona con el *acto* de la enunciación. Con respecto a este aspecto de la subjetividad en el análisis textual, se abren al menos dos vías útiles de investigación. Por un lado, la investigación puede centrarse en las *intenciones* de quienes crean o emiten los enunciados. Por ejemplo, la crítica y reelaboración que Quentin Skinner hace de la Historias de las Ideas tradicional enfatiza lo inadecuado de concentrarse sólo en el significado de lo que un escritor dijo sobre una doctrina o tema particular, concentrándose en “la carga intencional con que emite un enunciado” (Skinner, 2002, pág. 82). Recurriendo a la teoría de los actos de habla de J. L. Austin, Skinner no sólo examina lo que los escritores dicen en un texto, sino que investiga lo que están haciendo al decirlo. Esta tarea requiere un análisis de los contextos históricos en los cuales ocurren dichos actos elocutivos, para reconstruir las convenciones y condiciones del entorno dentro de las que pueden interpretarse los enunciados. Para los teóricos del discurso, el enfoque de Skinner es importante para entender la dimensión pragmática del lenguaje —lo que un sujeto *está haciendo mientras dice algo*— y también es útil para establecer y corroborar el significado de lo que un sujeto dice.

Del mismo modo, pero desde un punto de vista diferente, el interés por lo que se dice en una enunciación o en un discurso político puede enneguecernos con respecto a las distintas maneras en que ciertos actos de habla son tomados, “vivenciados” y receptados por los destinatarios. Es decir, las palabras y significa-


dos de un discurso político pueden ser menos importantes que dónde y cómo son emitidas y sus conjeturas y signos ocultos. El último aspecto se concentra en el lugar desde el cual el destinatario inscribe la enunciación, y esto lo lleva a preguntar: “¿Por qué el hablante me dijo esto? ¿Qué quiso decir con esto? En resumen, el mero acto enunciativo de un líder político que se dirige a un grupo social cadenciado, o a una minoría nacional, puede producir efectos que por lejos exceden el contenido del mensaje emitido, ya que los destinatarios son movilizados más por la simpatía con el discursante que por el contenido del mensaje. Tomemos como ejemplo un par de declaraciones hechas por Slobodan Milosevic al poco tiempo de asumir el poder en Serbia en 1986. Dio uno de sus primeros discursos en Kosovo Polje, una pequeña villa cerca de Pristina, que es el lugar exacto de la Batalla de Kosovo donde los Serbios fueron derrotados por los Turcos en 1389. Como está bien documentado, parado en un balcón y señalando hacia el Campo de los Mirlos, Milosevic se dirigió a una furiosa multitud de Serbios con estas palabras: “Nadie, ya sea ahora o en el futuro, tiene derecho a derrotarlos” (citado en Campbell, 1999, pág. 152). Con posterioridad declaró que: “Mi pié no pisará el suelo de Kosovo mientras Kosovo no sea libre” (citado en Salecl, 1994, pág. 217). Las circunstancias que rodearon estas declaraciones aparentemente neutrales e inocuas y las conjeturas ocultas en dichas enunciaciones tenían un mensaje político claro para los Serbios: “liberen a Kosovo de los Albaneses por todos los medios” (Salecl, 1994, pág. 217). En realidad, uno de los efectos de dichos actos de enunciación fue el resurgir aterrador de un nacionalismo Serbio latente que pocos podrían haber anticipado o planeado en los años ’80 o ’90. Por otro lado, desde una netamente postestructuralista, el análisis puede explorar el carácter de la subjetividad misma. Aquí la atención se concentra en la diferencia entre lo que se dice —el contenido del texto— y el acto mismo de enunciarlo, entre lo que se da en llamar “el sujeto de la enunciación” y “el sujeto enunciadador”. Esto es particularmente relevante desde una perspectiva psicoanalítica, en la que un importante objetivo de la investigación es examinar la manera en que los deseos inconscien-

tes —en la forma de errores, lapsos, mutismo, elisiones, bromas, etc. se manifiestan o irrumpen en lo que se dice. A nivel de lo dicho, estas interrupciones pueden no tener significado, pero cuando se las interpretan pueden divulgar aspectos de la subjetividad ocultas o disfrazadas por el significado aparente o el impacto buscado de un acto de habla dado. Desde otra perspectiva, el interés por el sujeto actuante puede transformar el modo en que entendemos el significado de lo que se dice posibilitando así una nueva interpretación de un texto. Por ejemplo el hecho que un sujeto de una entrevista profunda recuerde hechos del pasado puede afectar tanto al sujeto de la enunciación como al contenido previo de la entrevista. El prestar atención a patrones e instancias de “repetición de palabras”, consideraciones y desplazamientos simbólicos, expresiones inusuales y lagunas en los textos puede llevarnos a develar investimentos inconscientes, conjeturas o goces no fácilmente detectables al analizar lo que se dice en un discurso, documento o entrevista. En resumen, concentrándose solamente en lo que se dice en un texto o discurso —las presencias o ausencias que podrían carecer de algún sentido o significado inmediato— o sólo proponiéndose determinar las intenciones de un sujeto, el investigador puede perder de vista las tensiones, contradicciones y la estructura de goce sosteniendo al sujeto.

Conclusión

Este trabajo aborda de manera amplia una variedad de temas que surgen de cuestiones metodológicas en la teoría del discurso. En particular, explica el problema de aplicación en los estudios teóricos del discurso, y elabora un método de práctica articulatória. La tentación al tratar un tema tan vasto es decir demasiado y terminar diciendo muy poco. Existe también la posibilidad de quedar atrapado entre los críticos que califican cualquier reflexión sobre el método como cómplice del positivismo y aquellos que consideran dichas reflexiones poco científicas y prescriptivas. Sin embargo, dado que mi objetivo principal es presentar una visión sinóp-

tica que estimule nuevas discusiones y dilucidaciones entre los teóricos del discurso, y no alcanzar una conclusión prematura (y falsa), estas críticas son incorrectas. Las discusiones sobre método en la teoría del discurso ya son parte de una conversación en curso y con final abierto, y mis reflexiones tienen como objetivo acelerar esta discusión dentro de la teoría del discurso y del post-marxismo en términos más generales.

En este sentido, quisiera concluir enumerando algunas áreas que requieren más atención. Entre los temas discutidos en este ensayo, la utilización de las categorías retóricas y el análisis de la subjetividad requieren mayor elaboración teórica. Si bien existe un creciente interés en estos temas, las reflexiones teóricas permanecen en una etapa preliminar de desarrollo. Otra área que se aborda en este capítulo, pero no fue completamente desarrollada, es el rol de la investigación comparativa. Estudios recientes han demostrado que este es un modo de investigación empírica potencialmente rico que pueden utilizar los teóricos del discurso. A nivel teórico, sin embargo, la estrategia permanece subdesarrollada. Otras dos áreas que necesitan más elaboración teórica son el rol del análisis narrativo y del contenido al interpretar los textos. Una vez más, si bien estos temas han sido abordados y utilizados por algunos investigadores en la teoría del discurso, se deben esclarecer numerosos temas teóricos, filosóficos y prácticos relacionados a la función (si es que la tienen) de los métodos cuantitativos, el rol de las muestras, y la representatividad de los documentos examinados, como así también la relación entre teoría narrativa y teoría del discurso. Con respecto a la generación de información, nos hemos ocupado poco del rol de los grupos mediante los que pueden obtenerse datos como texto, pero no existe una razón teórica obvia por la cual deban ser excluidos. Por último, las categorías y métodos psicoanalíticos tampoco se han explorado en profundidad en este ensayo. El psicoanálisis puede ayudarnos a entender la relación entre el teórico y sus objetos de investigación, en particular con relación a las técnicas etnográficas y de entrevistas, donde la lógica de la transferencia es importante al igual que el empleo de categorías y técnicas psicoanalíticas para el análisis e interpretación de textos. 

Bibliografia

- ALTHUSSER, L. (1990). *Philosophy and the Spontaneous Philosophy of the Scientists*. London, Verso.
- CAMPBELL, G. (1999). *The Road to Kosovo*. Boulder, Westview Press.
- CIOFFI, F. (1998). *Wittgenstein on Freud and Frazer*. Cambridge, Cambridge University Press.
- CONNOLLY, W. E. (1981). *Appearance and Reality in Politics*. Cambridge, Cambridge University Press.
- . (1987). *Politics and Ambiguity*. Madison, University of Wisconsin Press.
- . (1995). *The Ethos of Pluralization*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- COX, R. (1981). "Social Forces, States, and World Orders", *Millennium*, 10 (2): 126-55.
- DANTO, A. (1965). *Nietzsche as Philosopher*. London, Macmillan.
- DERRIDA, J. (1976). *Of Grammatology*. Baltimore, John Hopkins University Press.
- . (1982). *Margins of Philosophy*. Brighton, Harvester Press.
- DREYFUS, H. (1986). "Why studies of human capacities modelled on ideal natural science can never achieve their goal", in MARGOLIS, J.; KRAUSZ, M. and BURIAN, R. M. (eds): *Rationality, Relativism and the Human Sciences*. Dordrecht, Martinus Nijhoff.
- FLYVBJERG, B. (2001). *Making Social Science Matter: Why Social Inquiry Fails and How it Can Succeed Again*. Cambridge, Cambridge University Press.
- FOUCAULT, M. (1977). *Discipline and Punish*. Harmondsworth, Penguin Books.
- . (1985). *The Use of Pleasure*. New York, Pantheon.
- . (1991). "Politics and the study of discourse", in BURCHELL, G.; GORDON, C. and MILLER, P. H. (eds): *The Foucault Effect*. London, Harvester Wheatsheaf.
- GIDDENS, A. (1976). *New Rules of Sociological Method*. London, Hutchinson.
- GRIGGS, S. and HOWARTH, D. (2002). "An Alliance of Interest and Identity? Explaining the Campaign against Manchester Airport's Second Runway", *Mobilization*, 7 (1): 43-58.
- HABERMAS, J. (1987). *The Philosophical Discourse of Modernity*. Cambridge, Polity.
- HEIDEGGER, M. (1962). *Being and Time*. Oxford, Basil Blackwell.

- HOWARTH, D. (1997). "Complexities of identity/difference: the ideology of Black Consciousness in South Africa", *Journal of Political Ideologies*, 2 (1): 51-78.
- . (2000a). *Discourse*. Buckingham, Open University Press.
- . (2000b). "The difficult emergence of a democratic imaginary: black consciousness and non-racial democracy in South Africa", in HOWARTH, D.; NORVAL, A. J. and STAVRAKAKIS, Y. (eds): *Discourse Theory and Political Analysis: Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester, Manchester University Press.
- . (2002). "Ethnic and Racial Identities in a Changing South Africa: The Limits of Social Science Explanation", *South African Historical Journal*, 46: 250-74.
- . (2004). "A Heideggerian Social Science? Heidegger, Kisiel and Wiener on the Limits of Anthropological Discourse", *Anthropological Theory*, 4 (2): 229-247.
- . (2005). "Hegemony, Subjectivity and Radical Democracy", in CRITCHLEY, S. and MARCHANT, O. (eds): *Laclau: A Critical Reader*. London, Routledge.
- JAWORSKI, A. and COUPLAND, N. (1999) (eds). *The Discourse Reader*. London, Routledge.
- KUHN, T. (1970). *The Structure of Scientific Revolutions*, Second Edition, Chicago, Chicago University Press.
- LACAN, J. (2002). *Ecrits*. New York, Norton and Company.
- LACLAU, E. (1990). *New Reflections on the Revolution of Our Time*. London, Verso.
- . (2000). "Constructing universality", in BUTLER, J.; E. LACLAU and S. ZIZEK, *Contingency, Hegemony, Universality*. London, Verso.
- LANDMAN, T. (2000). *Issues and Methods in Comparative Politics*. London, Routledge.
- MARX, K. (1973). *Grundrisse*. Harmondsworth, Penguin.
- . (1976). *Capital: A Critique of Political Economy. Volume I*. Harmondsworth, Penguin.
- MITCHELL, T. (1991). *Colonising Egypt*. Cambridge, Cambridge University Press.
- MULHALL, S. (1996). *Heidegger and Being and Time*. London, Routledge.
- NEHAMAS, A. (1985). *Nietzsche*. Cambridge, Harvard University Press.
- NORVAL, A. J. (1996). *Deconstructing Apartheid Discourse*. London, Verso.
- . (2004) Hegemony after deconstruction: the consequences of undecidability, *Journal of Political Ideologies*, 9 (2): 139-57.

- OAKESHOTT, M. (1962). *Rationalism in Politics and Other Essays*. London, Methuen.
- POPPER, K. (1989). *Conjectures and Refutations*, 5th Edition. London, Routledge.
- ROBINSON, J. (1996). *The Power of Apartheid: State, Power and Space in South African Cities*. Oxford, Butterworth-Heinemann.
- SAID, E. (1995). *Orientalism*. Second Edition. Harmondsworth: Penguin Books.
- Salecl, R. (1994). "The crisis of identity and the struggle for new hegemony in the former Yugoslavia", in Laclau, E. (ed.): *The Making of Political Identities*. London, Verso.
- SCOTT, J. (1985). *Weapons of the Weak*. Yale University Press, New Haven.
- . (1990). *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press.
- . (1998). *Seeing like a State*. New Haven, Yale University Press.
- SHAPIRO, I. (2002). "Problems, methods, and theories in the Study of Politics", 30(4) *Political Theory*, pp. 596-619.
- SKINNER, Q. (1969). "Meaning and understanding in the history of ideas", *History and Theory*, (8): 3-53.
- . (2002). *Visions of Politics*, Volume 1 (Cambridge, Cambridge University Press).
- SMITH, A. M. (1994). *New Right Discourse on Race and Sexuality: Britain 1968-1990*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SOUTH AFRICAN DEPARTMENT OF INFORMATION (1973). *Progress Through Separate Development: South Africa in Peaceful Transition*. Pretoria, South African Government Printer.
- STATEN, H. (1984). *Wittgenstein and Derrida*. Lincoln, University of Nebraska Press.
- TAYLOR, C. (1971). "Interpretation and the sciences of man", *The Review of Metaphysics*, 25 (1): 3-51.
- . (1981). "Understanding and explanation in the *Geisteswissenschaften*", in HOLTZMAN, S. H. and LEICH, C. M. (eds): *Wittgenstein: to Follow a Rule*. London, Routledge and Kegan Paul.
- . (1985). *Philosophy and the Human Sciences, Philosophical Papers 2*. Cambridge, Cambridge University Press.
- TORFING, J. (1999). *New Theories of Discourse*. Oxford, Blackwell.
- TULLY, J. (1995). *Strange Multiplicity: Constitutionalism in an Age of Diversity*. Cambridge, Cambridge University Press.
- VAN DIJK, T. (1997a). *Discourse as Structure and Process*. London, Sage.

-
- VAN DIJK, T. (1997b). *Discourse as Structure and Process*. London, Sage.
- WEBER, M. (1949). *The Methodology of the Social Sciences*. New York, Free Press.
- WINCH, P. (1990). *The Idea of a Social Science and Its Relation to Philosophy*. Second Edition. London, Routledge.
- WITTGENSTEIN, L. (1953). *Philosophical Investigations*. Oxford, Basil Blackwell.
- . (1977). *Remarks on Colour*. Oxford, Basil Blackwell.
- . (1979). “Remarks on Frazer’s Golden Bough”, in LUCKHARDT, C. G. (ed.): *Wittgenstein: Sources and Perspectives*. Sussex, Harvester.
- WODAK AND MEYER, (2001). *Methods of Critical Discourse Analysis*. London, Sage.
- JEK, S. (1994). “The Spectre of Ideology”, in ídem (ed.): *Mapping Ideology*. London, Verso.